

Rico en interrogantes / Dilemas de una izquierda democrática / Reportaje a Alfredo
Bravo / Un nuevo pacto para la universidad / Suecia, un modelo bajo la mira
Una vía negociada para Cuba / Desafíos de la socialdemocracia en América Latina

Suplemento/10: José Aricó, Un socialista empedernido

Documentos/Separatas: Nuevas perspectivas para el diálogo Norte-Sur

Bosoer, P. Semán, Tula, E. Semán, Díaz, Ansaldi, Halperín, Calderón, Jozami, Sarlo,
Portantiero, Delich, Terán, Alfonsín, Gadano, Castiglioni, Ortiz, Rojas,
Adrogué, Leiras, Cardoso, Bufano

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan C. Portantiero y Jorge Tula

Nº 30/31, diciembre '91-febrero '92 ▲ 50.000

COMERCIO
EXTERNO
AEROPUERTO
CIENFUEGOS



En este número

Un nuevo comienzo

Con este número *La Ciudad Futura* inicia una nueva etapa, seguramente la más difícil. Porque a partir de esta edición estamos contando con un lector, al menos, si luego de la muerte de José Arojo somos capaces de seguir adelante con un revista que lo tuvo siempre como protagonista, desde la propuesta inicial de su creación hasta la estricta materialización de cada uno de sus números. En ese sentido era tan incomparable como insustituible: nadie en *La Ciudad Futura* podrá hacer lo que él hacía. Y el peso de su labor era tan enorme que a sus sucesos hoy nos coloca ante un desafío poco menos que fordista. Así, este número constituye un testimonio de la reafirmación del compromiso fundante, pero también es un homenaje a Arojo, tal vez el que más le habría gustado recibir.

De todos modos, el suplemento que le dedicamos es nuestro homenaje institucional. Allí, un fragmento de uno de sus trabajos inéditos se alinea junto a una ponencia poco conocida, una vieja entrevista, una entrañable evocación de Oscar del Barco, las exposiciones de amigos y compañeros que se reunieron en su memoria y un par de textos inéditos especialmente para esta ocasión.

El resto del número trata de hacerse cargo de algunos de los temas más actuales. Los artículos de análisis y de reflexión política cruzan dos variables: la consolidación del proyecto menemista tras las elecciones

y la ausencia de una alternativa capaz de afrontar un punto de vista socialista para llevar la modernización de la economía, el estado y las instituciones, en su momento, sea tanto asimismo, la entrevista al flamante diputado socialista, Alfredo Bravo.

Julián Gadanó aborda la cuestión universitaria tratando de colocarla en los límites necesarios para plantear la discusión sobre el nuevo contrato que es preciso elaborar entre la universidad y la sociedad.

En el plano internacional, *El deshielo cubano* alude al sobredimensionamiento del papel de Cuba durante la paridad estratégica USA-URSS, situación que hoy parece ubicarse en un nivel más proporcional, obligando a advertir las reales consecuencias del aislamiento a que es sometido. Y pesa a la retórica intaiguable de Fidel Castro, es evidente que «algo se mueve» en La Habana, con tibios indicios de cambio. Pero donde las cosas están moviéndose sin disimulo es en Suécia. Un artículo se detiene en el significado de la demora de la socialdemocracia y se pregunta a través de sus estridentes nacionales son insuficientes para la permanencia de carácter socialdemócrata. En directa intimidad con este tema preguntamos a un trabajador de Fernando Henrique Cardoso sobre los *Desafíos de la socialdemocracia en América Latina* en la presente coyuntura, y aparentemente, la situación del mercado se escapa mundial.

La sección Libros reproduce las intervenciones de Portaniero, Sarlo y Terán registradas en el acto de presentación del libro de este último, *Nuestros años sesentas*, un texto ya incluido, para cualquier intención de análisis y comprensión de ese pasado cercano. También se comentó *La libertad política y su historia*, de Natalio B. Botana, que como Terán, se volca en el género de la historia de las ideas. Otro texto analizado es *La nueva negociación*, de Omar Moreno, que inicia un debate, poco frecuentado, acerca del carácter que hoy adquieren la negociación colectiva, la participación, los sindicatos, su autonomía y demás cuestiones claves en los temas del trabajo. Y *Ensayo y error*, el nuevo libro de Manuel Mora y Araujo es comentado bajo un título elocuente: *Vicios de desarrollo*. Por último, desde la contraparte Sergio Bufano se interroga «con una mirada no libre de melancolía, propia de quienes sin ser jóvenes ya no son tan jóvenes» acerca de los servicios que le ha prestado a la muerte del comunismo, la pasión que durante 80 años guiará a tantos artistas e intelectuales.

De esta manera imperfecita, hallowcaeno, casi, empezamos a recorrer la nueva etapa, aceptando el desafío de seguir sacando *La Ciudad Futura* cuando Pincho ya no está entre nosotros. Claro que nos fícel, porque no basta con la voluntad de hacer. Pero es el punto de partida ineludible.

Sumario

2	La Ciudad Futura: Un nuevo comienzo	destino se llama democracia"	modelo bajo la mira
3	La Ciudad Futura: Mirando hacia adelante		
27	Fabián Bosser: Rico en interrogantes	Oscar Del Barco: Un "socialista empoderado"	36 Guillermo Ortiz: El deshielo cubano
6	Pablo Semán: Un paso adelante, dos atrás	Waldo Ansaldo: Fuimos parte de una expresión iconoclasta y marginal	Libros
7	Ernesto Semán: Una oportunidad más	28 Beatriz Sarlo: El intelectual socialista	37 Juan Carlos Portaniero: Demanda contra el divido (Oscar Terán, Nuestros años sesentas, Puntosur)
8	Jorge Tula: Reportaje a Alfredo Bravo	29 Fernando Calderón: Pensar como latinoamericano	37 Beatriz Sarlo: Un examen de ideas (Oscar Terán, Nuestros años sesentas, Puntosur)
9	Julián Gadanó: Un nuevo contrato	29 Oscar Terán: Fulguraciones	38 Eduardo Rojas: Tiempos modernos (Oscar Moreno, La nueva negociación, Fundación E. Eber), Gerardo Adrogé: Vicios de sociólogo (Manuel Mora y Araujo, Ensayo y Error, Editorial Finca)
12	Suplemento/10 José Arojo: Un socialista empoderado	30 Oscar Terán: Fulguraciones	39 Marcelo Leira: Una historia iconoclasta (Natalio Botana, La Libertad Política y su historia, Editorial Sudamericana).
14	José Arojo: La hipótesis de Justo	30 Raúl Alfonsín: Carta	
16	José Arojo: 1917 y América Latina	31 Alberto Díaz: Cuadernos latinoamericanos	39 Marcelo Leira: Una historia iconoclasta (Natalio Botana, La Libertad Política y su historia, Editorial Sudamericana).
33	Waldo Ansaldo: Conversación con José Arojo. "Reinventar América Latina"	33 Jorge Halperín: Un polemista de gran humildad	Ensayo
34	Horacio Crespo y Antonio Marín: Conversación con José Arojo. "América Latina: El	34 Juan Carlos Portaniero: Creador de empresas impositibles	40 Fernando Henrique Cardoso: Desafíos de la socialdemocracia en América Latina.
35		35 Francisco Delich: Un uomo di cultura	44 Sergio Bufano: Pasión y nostalgia

Picasso dibujante



Las ilustraciones que publicamos en este número son dibujos de Pablo Picasso (1881-1973) y están tomados de una selección hecha por Wilhelm Boeck para la editorial española Gustavo Gali.

Existió un consenso entre los estudiosos acerca de que como ejemplo de artista exitoso en los materiales más variados, Picasso superó en versatilidad a cualquier otro artista, del pasado o contemporáneo. Y esta opinión suele fundarse sobre otra, acaso más controvertible, que asegura que la base de todas esas actividades es el dibujo y que, por lo tanto, la producción de sus dibujos reúne la síntesis de todas las capacidades de Picasso, desde el origen mismo del proceso creativo hasta la plenitud de su desarrollo.

En razón de la baja tecnología de reproducción que empleamos, no estamos en condiciones de ofrecer en LCF sino trabajos de trazo muy definidos y contrastes marcados, con escasos fondos y casi sin gradaciones de tonos. Lo cual resulta en un limitado criterio de selección, sin duda, aunque ineludible.

La tapa reproduce la obra *Gallo cantando*. El original es un carboncillo de 76 x 55 centímetros, fechado el 23 de marzo de 1938. Este trabajo es uno de varios carboncillos hechos en esa época por Picasso sobre el motivo de gallos cantando, los que se le atribuyen espontáneamente al "Picasso del 38". Al respecto W. Boeck formula dos observaciones clave: la cabeza desmenuzadamente grande y las formas agrisadas de los espánes, que están subrayadas de manera particular, resultan en una "estilización expresiva" casi hercúlea.

El color fue incorporado por LCF en un ademán de irreverente, e ingenuo, homenaje.

De esta manera imperfecita, hallowcaeno, casi, empezamos a recorrer la nueva etapa, aceptando el desafío de seguir sacando *La Ciudad Futura* cuando Pincho ya no está entre nosotros. Claro que nos fícel, porque no basta con la voluntad de hacer. Pero es el punto de partida ineludible.

La Ciudad Futura

B. Mite 2094 - H (029) Tel. 953.1581

Director General: José Arojo (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portaniero, Jorge Tula. Consejo de Redacción: Javier Artigas, Fabián Bosser, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julián Gadanó, Miguel Ansaldo, Julio Godoy, Oscar del Barco, Leiras, Antonio Marín, Guillermo Ortiz, Osvaldo Pedrosa, Ernesto Semán y Pablo Semán. Comité Asesor: Emilio de Jola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Oscar Kreimer, Marcelo Lozano, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renna, Carlos Rodríguez. Maqueta original: Juan Pablo Renna. Servicio de Ilustraciones: Laura Rey. *La Ciudad Futura* recibe toda su correspondencia, cheques y giro en Casilla de Correo N° 177, Sucre 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarraquín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, Calkinca 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinif. Svatovna 710, Capital Federal.

Registro de la Propiedad Intelectual: 129275.

Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: US\$ 40, Cheques y giros a la orden de Arnaldo Marín Jáuregui.

Mirando hacia adelante



En el marco del colóquio humorístico que la sociedad argentina suele examinar el comportamiento de sus gobiernos, podrá verificarse que por estos días el presidente Menem parece vivir su instante más pleno de legitimidad. Ese es un dato y como tal sería difícil enfrentarlo a él, aunque no nos guste. Actúe de las encuestas que indagaron sobre actitudes más genéricas de los ciudadanos - y también de las últimas elecciones, a las que el menemismo, hasta muy poco tiempo atrás, miraba con individualizado temor. Y, más que le pese al narcisismo presidencial, el responsable de este nuevo crédito abieno no es él sino el superministro Cavallo.

De su modo, el ajuste no enciendra obstáculos, y cuando los encuentra, los superará. Como resultado de todas estas medidas y de las que se anuncian para los próximos meses, una Argentina diferente se está esdibando, absolutamente distante de la que se conformó cincuenta años atrás con el sello del peronismo original. Si el menemismo se consolida nos encontraremos - como sucedió, salvando las distancias, con la Inglaterra del thatcherismo y del EEUU de la «regurgitación» - con un cambio opaco. La militancia tendrá esta rotura: el país peronista destruido por su peor actúe; el propio peronismo. No vamos a llorar ante esas cenizas porque ni aun en su apogeo ese modelo nos satisfizo. El tema no es el del llanto por su memoria sino la preocupación por lo que va a reemplazarlo.

El menemismo nos dice que, si nos liberamos de las ataduras con lo que nos aprisionó el peronismo, si desmantelamos el estatismo, si eliminamos la legislación que nos transformamos en estado incondicional de los Estados Unidos, desprotegemos a la industria (salvo la que, como la automatizó, está en manos de grandes grupos ligados al estado), es decir, si borramos el recuerdo económico-social del peronismo, estaremos en condiciones de ingresar al club de los privilegiados del mundo. Claro está - nos dice también el menemismo - que para lograr ese objetivo pueden (y deben) utilizarse mecanismos político-institucionales. Maqueta original: Juan Pablo Renna. Servicio de Ilustraciones: Laura Rey. *La Ciudad Futura* recibe toda su correspondencia, cheques y giro en Casilla de Correo N° 177, Sucre 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarraquín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, Calkinca 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinif. Svatovna 710, Capital Federal.

El color fue incorporado por LCF en un ademán de irreverente, e ingenuo, homenaje.

El menemismo nos dice que, si nos liberamos de las ataduras con lo que nos aprisionó el peronismo, si desmantelamos el estatismo, si eliminamos la legislación que nos transformamos en estado incondicional de los Estados Unidos, desprotegemos a la industria (salvo la que, como la automatizó, está en manos de grandes grupos ligados al estado), es decir, si borramos el recuerdo económico-social del peronismo, estaremos en condiciones de ingresar al club de los privilegiados del mundo. Claro está - nos dice también el menemismo - que para lograr ese objetivo pueden (y deben) utilizarse mecanismos político-institucionales. Maqueta original: Juan Pablo Renna. Servicio de Ilustraciones: Laura Rey. *La Ciudad Futura* recibe toda su correspondencia, cheques y giro en Casilla de Correo N° 177, Sucre 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarraquín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, Calkinca 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinif. Svatovna 710, Capital Federal.

Las elecciones últimas fueron un test en este sentido. Claro está que no constituyeron un plebiscito como el gobierno y el virreinato monopolio peronístico lo hicieron - el peronismo perdió un 20% de su caudal: alrededor de un millón de votos - pero es verdad también que esta vez no hubo engaño como en el '89: quienes votaron al justicialismo sabían que respaldaban la actual política. Por otro lado, fuera de Capital, Córdoba, Río Negro, Catamarca y Chubut,

condición de alma en pena que muestra hoy el sindicalismo. Los cambios en curso, en caso de estabilizarse (y nada indica en el horizonte inmediato que no sucederá así) dibujarán una sociedad diferente y quienes se opongan a los efectos del modelo no podrán contrararlo sólo con retórica, bajo pena de ir a la cárcel.

Lo que las elecciones últimas mostraron es que la oposición carece de discurso. Ello fue evidente en el caso del radicalismo, oscilando entre un realismo genérico, sin alternativas puntuales, y una actitud mimética con el oficialismo, muy evidente en casos como los de Uzaizandiza y de muchos de los asesores de Angeloz. Es notorio que la salida apresurada del gobierno tras la crisis hiperinflacionaria arrojó con la identidad que se iba construyendo con la existencia de los radicales se deben y le deben a la sociedad, lo que es más grave, una serie reflexión sobre los que fué de su colapso en el gobierno. Este debate no resolverá automáticamente sus problemas pero generará la única posibilidad para poder pensarse como alternativa creíble, para salir de esa nada que significa oscilar entre ser el rechazo moral e el oscario profolio.

El brusco cambio de reglas propuesto por el menemismo ha provocado un terremoto político que afecta a todos. Por cierto también a los peronistas clásicos, con la pública somera de Cafiero a la cabeza, y a la izquierda más convencional, que escinde debe explicarse el derribo de la URSS y el fin de las fáciles ceteras del marxismo.

Si hay algo que hoy parece claro, desde marzo en adelante, con la asunción de Cavallo, es que el neoconservadurismo encontró su rumbo y se halla a la ofensiva. Claro que siempre pendie sobre esa coherencia las amenazas que genera la heterogeneidad y la corrupción de sus equipos políticos, pero esos obstáculos vienen más de adentro que de afuera, del propio gobierno que de la oposición. Por cierto que el reconocimiento de que el conservadurismo se halla a la

ofensiva no quiere decir que la sociedad se promueve ante la fría amoral de pragmatismo. La oposición social existe y tiene muchos focos, pero nadie tiene la capacidad para articularlos.

Y la oposición social existe porque este modelo tiene claro los «ajustes» pero no la reconversión; gobierna sobre lo que debe demantelar pero muy poco sobre lo que debe construir, queda librado a la furia del capital privado, a las reglas de un mercado oligopolístico. El resultado no podrá ser otro que el de una sociedad segmentada e injusta, con un estado incapaz de intervenir socialmente para mediar sobre las desigualdades.

Esta perspectiva es la que nos coloca en la posición, pero sabiendo que ya no son posibles las fugas hacia el pasado, sino que es necesario partir del reconocimiento de este presente para proyectar un futuro distinto. Frente a la modernización que se nos propone se hace necesario levantar otro proyecto de modernización que se haga cargo de sus costos sociales y que pueda a la vez las formas corporativas y concentradas por las que caracterizan al esquema actual.

Con ese horizonte varios integrantes de *La Ciudad Futura* participaron como candidatos independientes en la Capital Federal por la Unidad Socialista. La intención fue y sigue siendo la de cooperar en la construcción de un Partido Socialista moderno que sea capaz de interactuar en el espacio de la izquierda democrática para proponer alternativas que superen al conservadurismo y permitan, pero que a la vez desechen los facilismos populistas nacionalistas. Los resultados electorales, tanto en Capital como en Rosario, además de algunas otras ciudades del interior, mostraron que en la sociedad existen expectativas sobre el papel que el socialismo puede jugar en esta coyuntura, aunque ello sólo será posible en la medida en que sus partidos y corrientes lleguen a producir las respuestas culturales, programáticas y organizativas que la compleja situación reclama. En ese sentido podemos afirmar que la oportunidad está abierta si una voluntad política firme y una visión programática clara hacen que (sin perjuicio de la acción de las corrientes que aspiran a la construcción de una amplia confluyente de centroizquierda) la transformación de la Unidad Socialista y otras fuerzas independientes en un nuevo Partido Socialista se convierta en un acontecimiento de reconfiguración pública, abierta a la sociedad. Los próximos meses pueden ser decisivos al respecto: para enfrentar lo que hoy aparece como lógica avasalladora de este régimen, la revitalización ideológica y ideológica del socialismo puede ser un hecho auspicioso. Una buena noticia entre dicha desmoronación.

La Ciudad Futura

Zonas erróneas que la democracia no asume

Rico en interrogantes

Fabián Boscer

“La avaricia al compromiso, la asociación al pacto, contra todo compromiso, de construir una traición a la moral y una conspiración con el enemigo, tal es el leit-motiv del lenguaje propio del fundamentalismo político. Tener todo el poder o condonar todo el poder. Así se impide que se realice, de lo deseado, aquello que podría ser hoy posible. El fundamentalismo no puede compartir el poder. Donde no lo posee, lo denuncia como baluarte del mal, donde lo convalida lo utiliza sin entrar en compromisos y sin piedad. No puede perseguir espacios de independencia, menos que nada, contradicciones (...) Quiere arrebatar la máscara a la faz del mal, para que quede al descubierto y abandonado el juego. Así sin violencia aspira abrir el paso a la violencia en el escarbo de la contragencia meramente simbólica de reñas, alegando que nada opera sino meras palabras. Quién así argumenta, ya ha asumido su posición de certeza más allá del discurso público.”

Thomas Meyer, “La cultura política del fundamentalismo”, en revista Debate N° 32, junio del 90, Valencia, España.

“Ahora que somos la tercera fuerza en Buenos Aires habrá verdadera oposición en la Argentina (...)”

Hasta ahora no había oposiciones contra este proyecto de dependencia del oficialismo; y cuando hablo de oficialismo, me refiero desde Álvaro Alsogaray hasta Vaca Narváy y Perla, pasando, obviamente, por Carlos Menem y Raúl Alfonsín (...)

Vamos ahora a hacer un movimiento más allá, con miras y pausas bien concretas.” Aldo Rico, 9-9-91.

«El tema no es quien tiene mejores argumentos, o quien tiene razón. El tema es cuáles son los objetivos nacionales. Y estos no se pueden discutir”. A.R., revista Somos, 23-9-91.

“El señor ministro puede continuar con su juego de visitas a tomar el té con la dirigencia partidaria profesional... que trata los temas que le interesan a los políticos y no aquellos problemas concretos de la gente.” A.R., Agencia MA, 25-9-91.

El tercer puesto obtenido por el MODIN en la provincia de Buenos Aires en las elecciones del 8 de setiembre descubrió lados oscuros de la democracia. La emergencia de un movimiento de neto corte fundamentalista no puede explicarse solamente como la consecuencia inevitable de una momentánea marginalidad, que se irá corrigiendo con el crecimiento económico que se asegura llegará. La posibilidad de entender el ascenso de Aldo Rico como una salida desesperada o como una decisión suficientemente meditada es sólo el inicio de una catara de interrogantes que este fenómeno impone.

...dida en que busca retrotraerse a las raíces, a un inicio teórico; lo absoluto y lo ofrece como único fundamento sólido para la existencia humana. Arnold Künzi, en su escrito “En defensa de un pensamiento radical contra el fundamentalismo” (1) se pregunta si este fenómeno político-espiritual no cumple con una función dialécticamente positiva como señal de atención hacia situaciones y procesos desastrosos; una fiebre-dice que pone de manifiesto una enfermedad del sistema, una enfermedad por infección. “Cada sistema —concluye— tiene los fundamentos que se merece.”

“¿Cuáles son las insuficiencias, las mentiras vitales”, los insinuos y estrategias discursivas, las zonas ocultas y ocultas de que han engendrado a Aldo Rico, desde su condición larval de soldado amovinado, en un marco de socialidad expansiva hasta su exitosa irrupción electoral, cuatro años más tarde, en un contexto de repliegue y fragmentación social?”

La búsqueda quejosa iré más allá de visiones recitadas, pragmáticas o autocomplacientes (como aquella que apela a Ernest Gellner: “Es el tipo de fundamentalismo que pertenece al género de las culturas silvestres que surgen y se reproducen en los confundidos jardines de las democracias” (2)). Se propondrá también, quitar el velo de superficialidad ansioso que ha limitado y reducido las interpretaciones sociológicas de este inédito acontecimiento a la lectura de encuestas y el análisis motivacional del voto. Se intentará, finalmente, identificar ciertas corrientes racionalizadoras, que si bien han tenido el mérito de incorporar al registro de análisis el hecho político contundente (imposible esconder 500 mil votos en el ropero), tienen a las conclusiones rápidas y superficiales.

Si Rico sacó poco más del 10% en un contexto de relativa estabilidad económica, ¿qué hubiese pasado si las elecciones se hacían en medio de un proceso hiperinfla-

cionario? ¿voto de desesperación o voto de protesta racional? ¿expresión del desamparo social, la pluralización económica, la frustración personal o representación de un autolimitado auto-límite racional en la cultura política argentina? ¿Qué es el MODIN? ¿un «partido militar»? ¿una alianza aluvional de descaídos y excluidos? ¿la semilla de un futuro “movimiento nacional”? ¿“fórmula pasajero” o “huevo de la serpiente”? ¿Indicador de consolidación del sistema de modo o muestra de su retroceso, de la erosión de su credibilidad?

No han hablado, en veras, respuestas convincentes y estudios profundos frente a tantos interrogantes; sólo balbuceos y palabras al viento. Por eso vamos a agregar los nuestros; y algunas hipótesis tentativas.

Avance, retroceso y retrogresión

A caba de producirse la incorporación de una fuerza de extrema derecha y genuina al sistema político democrático, hecho que no tiene precedentes en la historia argentina.

El Front National de Jean M.L.E Pen en Francia, los Republikaner en Alemania unificada, renuevan la conciencia culpable de sus sociedades y los sentimientos racistas y xhavinistas se ven disparados a expresiones electorales superiores al dígito porcentual; caudales alimentados por la desocupación, la fobia nativa frente a la inmigración afroasiática, el pánico ante la nueva pobreza, “miseria del bienestar”. En Dinamarca y Noruega se llama Partidar. En Chile fuerza electoral, enviando diputados al Parlamento Europeo y combinando voto rural ultraconservador con voto urbano anti-obserano.

Pero lo más grave es perder la memoria, la capacidad de asombro y de automejor y esto es lo que Rico viene a enrostrar con su presencia legitimada, a la democracia argentina. “El otro día dijeron: ‘Rico recibió

espada, el caudillismo patrimonialista, los desechos de militarismo de Guerra Fría, la reconversión de enormes contingentes industriales, paramilitares y de seguridad arrojados casi baldío inflamatorio, por las democracias frágiles, a las inmensas zonas de desprotección, inseguridad y abandono que rodean la ciudad; allí donde llega el ajuste y no la policía; donde “la reconquista del orden público” y la “mano dura” son ideas que sobrepelan la incertidumbre cotidiana. La caída de las utopías revolucionarias de la izquierda convierte este territorio en campo abierto para una fuga por derecha hacia un mesianismo guerrero. El ingrediente único del racismo es reemplazado por la segregación cultural de los “indeseables”, el rechazo a la diferencia, a la pluralidad.

Sin embargo, si bien estamos frente a componentes ancestrales del fragor histórico latinoamericano, la Argentina vuelve a picar en punta en la región si acordamos en recordar el 10% de Rico con una modalidad de ultraderecha nacionalista asimilable a las reacciones pos-modernas que sufre hoy el continente europeo. ¿Cuánto hay de nuevo y cuánto de viejo? ¿promuevas de marchas sobre Roma? ¿intocables o fiebres pasajeras producidas por la crisis de paradigmas y creencias? ¿Lastres del fenecido siglo de las ideologías o costo previsible de la reconversión capitalista y el derrumbe del comunismo?

Sociedades con democracias asentadas no cesan de seducir y preocuparse con angustia por el predicamento del que llegan a gozar las reivindicaciones abiertas del pasado más optimo frente a un presente de mediocridad.

En tren de incursionar sobre nuevas líneas de interpretación social, algunos observadores empiezan a pensar en un suerto de “retrogresión” (in progreso, ni retroceso). En una Argentina internacionalizada las pautas del “extremo occidental” se accesorio (algo así como un volver al futuro) absorbe las fracturas y momentos de ruptura, recomponiendo una cierta continuidad histórica. La “retrogresión” le devuelve a la realidad política una imagen de totalidad sin utopías ni fantasmas ni tiempos a exorsar. Ahora todo están dentro, “en scene et en jeu”: el Proceso, las Malvinas, víctimas y victimarios, ídolos deportivos, gerentes liquidadores, jóvenes pragmáticos y ambiciosos, cruzados incorruptibles, mafias agomadas y quiénes incomprendidos. De tón de fondo, la ley de convertibilidad como símbolo de la libre circulación y transmisión de los discursos dominantes y el embajador norteamericano destajando la medida de lo que vale nuestro marino soberano.

Pero lo más grave es perder la memoria, la capacidad de asombro y de automejor y esto es lo que Rico viene a enrostrar con su presencia legitimada, a la democracia argentina. “El otro día dijeron: ‘Rico recibió

el voto marginal”. Fíjese, a los demócratas no les interesan los marginales.” (3).

Así como nuestra sociedad política (su clase dirigente y algo más) no termina de asimilar la realidad de lo que estuvo en juego, por ejemplo, en Semana Santa del 87, corre hoy el peligro de pasar por alto la significación medular de la instalación fundamentalista; en este caso más grave, puesto que no hay posibilidad de extratamiento, de colocar fuera el hecho maldito. Inapellablemente, ahora, es parte integrante del sistema (se quiera o no) de ser hecho hacerse cargo. ¿De qué manera lo está haciendo?

Superando el impacto inicial del conjunto de los sectores políticos de Guerra Fría, a trazos gruesos, las explicaciones que se esbozaron. Ambas plantean dilemas de resolución incierta y permiten tópicos lecturas controrivales.

El primero de ellos es el clásico dilema de la tolerancia de los intolerantes que vuelve a surgir, tal vez con más propiedad que nunca a propósito del optimismo evolucionista que saludó el ingreso de Rico como una muestra de la fortaleza y la consolidación del sistema democrático. Así como la democracia avanza y se consagra, va dejando en su estela las nuevas arañas oscuras, cuestiones sin resolver, asignaturas pendientes y promesas incumplidas sobre las que hacen pie y crecen los enemigos de la libertad. Si los intolerantes son tolerados, las bases de la democracia pueden resultar socavadas, pero si no lo son, se debilitan los principios elementales de la tolerancia.

De uno o otro modo, los intolerantes pueden ganar su batalla; ya sea venciendo a los tolerantes o convirtiéndolos en intolerantes (4). Se trata, casi, del itinerario que va de la Operación Dignidad al Movimiento por la Dignidad y la Independencia; iguales objetivos, distintos instrumentos.

La resolución tradicional del dilema, requiere distinguir entre las ideas y las acciones de los intolerantes; de tal forma que el ideal de tolerancia admita las expresiones contrarias al respeto de los derechos humanos y la democracia pero no a los que pretenden materializar dichas expresiones. Se trata, para democracias incipientes, de una frontera bien borrosa.

El debate parlamentario de una fuerza que proclama su cuestionamiento, (o al menos, su ignorancia) hacia el sistema y su desprecio hacia el conjunto de la dirigencia política, pondrá a prueba la fortaleza y eficacia de los argumentos con los que se va a defender al sistema —sobre todo— que se esboza por defenderlo.

Las dos caras de la modernización conservadora

A yú, entonces, el segundo dilema; el de una socialidad atezada entre el ajuste neoliberal y el mesianismo populista. Si se aplica a Aldo Rico, como una expresión de los desesperados, un costo previsible de la reconversión; esto significaría que la consolidación del modelo socio-económico iría restándole del rigorismo, reclusión en una periferia del sistema. De ahí el sospechoso optimismo y hasta la aprobación laudatoria) con el que oficia-

Rico en números
¿Qué habremos hecho para merecer esto?

M ás de 550 mil votos en la provincia de Buenos Aires (de los cuales 400 mil pertenecen al Conturbano electoral), tres diputados nacionales, dos diputados y dos senadores provinciales consustituyen la prochovosa fauna inaugural del ex soldado de infantería y teniente coronel que candidato a gobernador del primer estado argentino, el 8 de setiembre pasado. El 10% del electorado convirtió así al MODIN en la tercera fuerza bonaerense, desplazando a la UCD. Sus candidatos a intendente se ubicaron en el segundo puesto o pelearon por el trazo del justificativo, en General Sarriento, Forzato y Vega, La Matanza, Berazategui y Berisso. En los dos primeros municipios Rico tuvo más votos que Pugliese.

El «Movimiento por Dignidad y la Independencia» fue fundado el 30 de octubre de 1990 sobre la estructura legal del Partido de la Independencia, una agrupación creada en el 82 luego de Malvinas. Figuras sueltas del ultranacionalismo y dirigentes intermedios de la ortodoxia peronista se fueron sumando a la convocatoria disfrazada con meticolosidad por un «estado mayor» sin cufe-

rimo: los ideólogos y lugartenientes del movimiento «carapinada» del ejército; Ernesto Barreiro, Luis Polo y Darío Fernández Magar. Los abogados y veteranos dirigidos Horacio Aragón (62) y Guillermo Fernández Gill (64) y el doctor Martín Mendoza, ex director del Hospital Santajuan, serán las voces de Aldo Rico en el Congreso.

Si bien tienen toda connotación fascista (el fascismo, como la socialdemocracia o el liberalismo, es una doctrina que nada tiene que ver con la Argentina) la simbología militar, la reivindicación de la guerra contrarrevolucionaria, los fueros especiales y los levantamientos bonapartistas, y fundamentalmente su idea de un movimiento de regeneración moral y la identificación en bloque, de la clase política como una «mafia corrupta», emparenta al MODIN con la variedad de grupos políticos ultraderechistas inculcados en el cuerpo de las democracias contemporáneas. Una rápida lectura de escritos y manifiestos, por ejemplo, del belga León Degrelle, el británico Oswald Mosley, el noruego Quisling, el rumano Cornelia Codreanu, puede ser tan ilustrativa como rescatar contenidos pro-peronistas, gentistas o desarrollistas



José Carlos Chiamonte
Mercaderes del Litoral

Economía y socialidad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Suipacha 617 - Buenos Aires
Tel.: 322-0825 / 322-9063 • Fax: 322-7262

lismo y sus publicistas recibieron la sorpresa en territorios tradicionalmente caudatos del justicialismo.

Si, en cambio, se coloca al «voto desesperado» dentro de las áreas del resultado oficialista y se arribe al MODIN haber capturado el voto ¿consciente y reflexivo? de oposición frontal, entonces, la profundización del modelo socio-económico seguiría expulsado desesperados en condiciones de estar por salidas distintas. Esta es la hábil estrategia que, como topa, va tejiendo Rico.

«Ambas expresiones, menemismo y ri-quismo, se han mostrado analíticamente, antagónicas. Así lo han aceptado los especialistas en temas de política y economía de la promesa nemesis es una de las bases más claras del primer exito importante de devoción de voto, por derecha, que produce el movimiento peronista en su medio siglo de historia electoral» (5). De tal forma que lo que una gana el otro pierde. Habría que preguntarse, igualmente, si no es Rico (o lo que le representa arquetípicamente) la secreción lógica y funcional (y no la reacción opuesta) de un modelo que anula la participación ciudadana, degrada la política y privatiza la gestión pública arriñando a los individuos en el aislamiento y la desprotección. Un modelo que arrojando a las masas al «adese que pueda» y afirmándose como camino de salida única, sólo puede ser contestado convenientemente por derecha.

«Dos construcciones de época: así como el alfabetismo generó los renovadores; el menemismo engendro riquismo. Bajo las formas de un «plurismo duckeriano» y la fragmentación del ajuste neo-conservador, se extiende la hegemonía cultural de un nuevo movimiento contenido en su matriz ideológica las antinomias más irreductibles.

Curiosa conjunción entre el teatro de operaciones de la acción política devenida en proselitismo electoral y las técnicas de la nueva derecha que esencializan la política como espectáculo.

Después de todo, finalmente, la naturalización mass-mediática de la novedad. El oficial que arengaba toscamente a la tropa y amenazaba a los cronistas aparece, de saco y corbata, hablando como un intelectual en los sets televisivos; publicando sesudos artículos en la gran prensa, brindando entrevistas y dialogando codo a codo con el hombre de la calle. La interacción inevitable con todo aquello que deesta, iré limando sus astistas más irritativas y su perfla ultra.

Si, embargo, la sombra de aquel cabo alemán que arrojó como un pitonero y exótico personaje de posguerra no deja de acompañar tantas preguntas sin respuestas, tanta traza incabada, tantos sueños de la razón engendrando monstros y tanta experiencia trunca. Allí está el establon, mostrándonos el rostro de la instalación popular y sus degeneraciones.

Notas

- (1) Revista Debate, N° 32 junio 1990, Valencia, España, Pág. 74.
- (2) Enrique Zalta Puccio, consultado por Página 12, 4/5/90, Pág. 3.
- (3) Aldo Rico, consultado por Pág. 12, el 15/09/91, Pág. 5.
- (4) Carlos Menem y Raúl Alfonsín, «El Poder de la Democracia», Fundación Puntos, 1987, Pág. 12.
- (5) Enrique Zalta Puccio, op. cit.

Conversación con Alfredo Bravo

Construyamos el partido de los socialistas

Jorge Tula

Ha pasado ya el tiempo suficiente como para poder efectuar un análisis sereno y libre de los resultados electorales. *Que tenga en cuenta, por cierto, el voto logrado en la Capital Federal, pero que trate de desmenuarlo, que intente ver las razones que posibilitaron que la Unidad Socialista lograre tal cantidad de votos, que se veiera favorecida respecto de las otras agrupaciones políticas que se dirigieron al mismo mercado político. Y que no se limite a repetir viejas estigmas de él: la izquierda incoherente del socialismo o de la honestidad como parónimo exclusivo de los socialistas...*

Sería conveniente que nos detuviéramos un poco en su última consideración porque me gustaría efectuar algunas reflexiones sobre la política y la honestidad. Creo que la honestidad constituye uno de los valores fundamentales de la política, aunque a veces se ve relegada en la escala de prioridades por otros. Si bien retiro que la cuestión moral es esencial, ésta no sólo se circunscribe al problema de la desonestidad política. Cuando echamos una mirada retrospectiva de los últimos años, en especial sobre la actual gestión gubernamental y la recepción de sus arbitrarias e intempestivas medidas, vemos que las mismas no rechazan un generalizado e inmediato rechazo, a pesar de la insistiva reacción defensiva de los partidos opositores.

Si quisiéramos aproximarnos al fondo de este inusual fenómeno deberíamos bucear en nuestra cultura política la cual está impregnada de una concepción dual. Para muchos integrantes de la sociedad, sean o no políticos, la moral y la política presentan puntualizaciones distintas sobre la relación con la vida pública. Mientras algunos privilegian los principios, otros se basan exclusivamente en los resultados. Al parecer esta idea se halla fuertemente arraigada en el espíritu de muchos sectores sociales que se formaron a su influjo, como también en ciertos grupos de izquierda donde predomina la concepción de que el fin justifica los medios.

Si lo expuesto no fuera así, resultaría difícil explicar que en las pasadas elecciones hayan sido elegidos personajes como Rousselot y Rico, para mencionar sólo dos ejemplos, o que un gobierno comprometido con la corrupción no fue sancionado por la soberanía popular.

Los socialistas pensamos y sostenemos que en una sociedad que se preste como tal, tiene que existir una íntima e irrespunderable relación entre los principios y los resultados. Estamos convencidos que el doble discurso de cierta dirigencia es producto de esa cultura adquirida después de treinta y cuatro años de estado sitio, de veintidós años de gobierno de facto, de un estado de guerra interno—en 1951—, donde la privación de la libertad de los ciudadanos y habitantes de la República dependía de la especialización política de las autoridades que el plan Conintes que en 1961 defenestró a la dirigencia sindical antiburocrática, de la Doctrina de la Seguridad Nacional, cuya

esencia fuera enunciada en 1964 por Onganía. En la arena que pronunciara en la Escuela Militar de West Point, estableció las fronteras ideológicas y dividió a los argentinos entre los que adhirieron al grupo occidental y cristiano y aquellos, que según su autoritario criterio, se oponían políticamente. Y advirtió que, en el futuro, la elección de las autoridades constitucionales dependería del voto que se reservaran las Fuerzas Armadas por ser "el brazo armado de la Nación".

Si a eso le agregamos la proyección y las consecuencias que trajeron los largos años del llamado "Proceso de Reorganización Nacional" con su criminal política de desaparición forzada de personas y su incidencia en el comportamiento social, la tramitación de la deuda externa y la esterilización de la deuda privada, la guerra absurda de las Islas Malvinas, la legalización de la impunidad y los dos indultos, tendremos configurado un panorama donde la arbitrariedad y la arbitrariedad fueron la nota permanente durante este medio siglo.

Por eso, para deterrar la desonestidad política y restablecer la credibilidad en la acción pública, los socialistas proponemos una profunda reforma política a través de nuevas reglas institucionales que estén encuadradas y respondan en un todo a lo atinente a la moral en sus normas.

—Pero no resulta demasiado difícil presentar como abanderados de la honestidad política cuando no se tiene responsabilidad de gobierno, cuando no se ejerce el poder, y por ende, se está alejado de las tentaciones que éste trae aparejado.

Respondo a esas cuestiones los socialistas decimos que tenemos experiencia de gobierno y podemos demostrar que las sucesivas reelecciones de Caballero en Rosario, de Arrighi en Zárate y de Ruiz Olivares en Montero, fueron percibidas por la sociedad como una muestra de honestidad y eficiencia.

A nadie se le escapa que por la profunda crisis que sobrevicimos, la sociedad demandó de sus gobernantes la solución de problemas básicos y exigió la observancia de sus términos: honestidad y eficiencia. Esto es precisamente lo que brindaron las comunas a cargo de los socialistas. Y si me permite, agregaré a dichas gestiones otros ingredientes: pasión por lo posible, imaginación y creatividad.

—Volviendo a la primera parte de la pregunta inicial.

Después de haber hablado con otros partidos que postulaban valores para el gobierno por idéologías instrumentales iguales y que cuando tuvieron la oportunidad de aplicarlos no lo hicieron o lo hicieron mal, esa fuerza que siempre fue a la búsqueda de una expresión partidaria coherente, que expresa experiencias nacionales e internacionales, distintas al neoservadismo y al populismo; volvió su mirada hacia

nosotros. Fatos que nos vimos favorecidos por vos así que nos volcaban al radicalismo, cuando éste incorporaba en sus listas a dirigentes progresistas, cuando existían en sus filas y, por muchos aquellos, otros, que anteriormente se inclinaban por partidos de una izquierda más radicalizada. Sin duda la decisión en ellos surgió como una consecuencia de la grave crisis que padecen aquellos sectores no sólo por sus desaciertos en el orden nacional, sino también por ser a la altura de las profundas transformaciones que vive la Argentina y el mundo.

Como somos conscientes de que nuestros votos tradicionales se incrementan con el apoyo de nuevos oleados de sufragios del grupo progresista de la sociedad, ello nos obliga a hacer un esfuerzo para que en las sucesivas elecciones esos ciudadanos nos ayuden a cumplir con el deber que nos es más alto posible, porque los socialistas no nos resignamos a ser simplemente un partido municipalista o metropolitano; tenemos real vocación de poder.

—Reflexión usted propone un proceso de tentación interna de cada uno de estas fuerzas, en donde se reafirmen y se modifiquen objetivos y líneas políticas a la vez que se reafirme la actitud de unidad y de alianzas, como paso previo a un proceso que tenga como fin el logro de alianzas electorales?

Si analizamos el proceso electoral en toda y cada una de las fuerzas políticas expusieron sus respectivos programas, podríamos concluir que la mayoría de ellas o tal vez todas, no pudieron superar las barreras del discurso contestatario y de las propuestas teóricas, para constituirse en la opción que demandaba la ciudadanía. Entonces, nos encontramos de pronto con el impacto de la actualizada demografía, de la proliferación de metamétemas, del bombardeo por parte de los comunicadores oficiales, de la sacudida del miedo al cambio posible, de los personalismos revestidos de virtudes genuinas o fabricadas, de la presencia del tradicional sentimiento paritario y de la mágica estabilidad de la esperanza de alcanzar, en el tiempo de la espera, la tan anhelada meta.

Y qué se logró en contraposición al proceso que se desarrolló e instrumentó? Algunos éxitos más o menos significativos en la Capital Federal, en Santa Fe y en otras localidades del interior del país.

No quiero ensorberbecerme con los resultados obtenidos por el Unidad Socialista: una actitud crítica debe estar siempre presente para neutralizar la soberbia, más en momentos de una crisis tan profunda como la que atraviesa la República. De ahí que creo en la necesidad de reestructurar un partido socialista moderno y sensible a las nuevas condiciones de la sociedad multifuncional, cuya complejidad requiere el abandono de las recetas simples a las que estábamos acostumbrados y que nos llevaron a dejarnos ser protagonistas en la política argentina.

—Se usa privilegio la reconstrucción de un partido socialista...

Comenzar a discutir en el seno de la Unidad, ahora y ya, la impostergable necesidad de proponer una apertura para que se puedan incorporar a ese desafío aquellos sectores y personas socialistas independientes, dispuestos a sumarse en la reconstrucción de un partido que será a la altura de las profundas transformaciones que vive la Argentina y el mundo.

Pienso que dicha apertura iniciada en 1985 y a la que permitieron en un caso incorporar a nuevos oleados de sufragios de grupo progresista de la sociedad, ello nos obliga a hacer un esfuerzo para que en las sucesivas elecciones esos ciudadanos nos ayuden a cumplir con el deber que nos es más alto posible, porque los socialistas no nos resignamos a ser simplemente un partido municipalista o metropolitano; tenemos real vocación de poder.

—El desarrollo de los acontecimientos mundiales y nacionales, me hace pensar que la unificación en curso de los partidos que integran la Unidad Socialista, no debe ser sólo la sumatoria de ambas fuerzas políticas. Es cierto que se daría un paso adelante pero no creo que el mismo sea suficiente para lograr el vigoroso Partido Socialista que necesita el país.

—O sea que usted descarta la necesidad de ir llegando las bases para una futura alianza.

No, de ninguna manera. El fortalecimiento del partido de los socialistas no excluye ni impide su participación en todo tipo de pactos y responsable de conformar un frente, de izquierda democrática.

Mire, acabo de llegar de Uruguay donde fui invitado por el Frente Amplio. Debo decir que tengo impresiones y hasta conmovido por la experiencia que está realizando desde hace veinte años la izquierda uruguayana. Tuve la oportunidad de asistir a un plenario donde se discutía sobre la posibilidad de convocar a un plebiscito para que el pueblo decida la privatización o no de algunas empresas estatales. El tema y la forma en que se desarrolló el debate, me parece que está en otro mundo y en la urgente necesidad de transitar ese camino. Por cierto no desconozco las diferencias que existen entre aquel país y el nuestro: tradiciones políticas distintas, culturas políticas diversas, cultura democrática sostenida por gobiernos respetuosos de las decisiones populares y largas luchas para llegar al punto en que se encuentran.

Tal vez nosotros también logremos con inteligencia encontrar un atajo que nos permita abreviar el recorrido que debemos transitar. Claro está que tal intención, más voluntarista que racional, no significaría reducir los tiempos, sino comenzar ese trayecto con convicción y respeto.

En un artículo anterior, en relación al tema de la universidad, nos preguntábamos acerca de las respuestas a la crisis del modelo de universidad vigente en los últimos años. Hoy, el infortunio sigue teniendo validez. El «problema» de la universidad ha abandonado el estratón—si bien no ha dejado de ser noticia—no tanto porque se hayan modificado las condiciones que generan conflicto, sino porque la aparición de nuevos problemas, la misma falta de respuestas convincentes» y una transformación en el horizonte de aplicaciones de los propios actores involucrados», ha desplazado de la escena. Estos: la universidad, en las condiciones actuales sobreveniente, ya no es el mismo que sobreviene, ya no es la agregación de demandas de la relación específica entre la universidad y la región que la alberga. Nos referimos a la investigación (básica y aplicada), la formación de profesionales e investigadores, y la transferencia tecnológica.

Es decir, una universidad púdica, no determinamos circunstancias, servir como polo de desarrollo regional, evitar la migración, desarrollar segmentos específicos de investigación, etc. y es positivo que así sea. El problema surge cuando alguna de estas funciones resulta imposible de llevarse a cabo sin el deterioro de alguna otra. Incluso esto mismo podría ser válido si fuera el producto de una manifestación explícita de objetivos por parte de quienes son o deberían ser responsables de la política universitaria, no consecuencia de la agregación indiscriminada de demandas.

Si entendemos a los problemas más importantes de la universidad (salarios, gastos, presupuesto, aranceles, etc.) como emergentes puntuales de quiebres estructurales, en la relación entre la universidad y sociedad, debemos buscar—a partir de estos mismos emergentes— donde reside este quiebre. Esa búsqueda se prevía la existencia de soluciones, ya que cualquiera de los síntomas podría ser resuelto en tanto urgencia política, sin abordar por ello la cuestión estructural, que hace a la relación entre los objetivos de la universidad (como es lo que la sociedad le pide) y sus posibilidades.

Existen, a nuestro criterio, tres ejes sobre los que debe plantearse la discusión de un nuevo «contrato» entre la universidad y la sociedad. 1) Los objetivos primarios. 2) Las formas de financiamiento. 3) Los lugares y las formas en que se toman las decisiones. Los tres ejes están íntimamente ligados entre sí, e influyen unos sobre otros, razón por la que resulta muy difícil pensarlos en forma aisladas.

1. Los objetivos primarios

Cuando decimos que el contrato entre la universidad y la sociedad esta «rotos», nos referimos a que no existe hoy relación entre los objetivos formales de la universidad y las exigencias—explícitas o no— que le han ido agregado a lo largo del tiempo. Un primer acercamiento pasa, entonces, por volver a explicar cuál es el objetivo primario de la universidad, cuáles demandas debe o puede resolver, y con qué elementos contará para hacerlo.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de objetivo primario? Proponemos que sean aquellos objetivos que justifican la existen-

Universidad y sociedad

Un nuevo contrato

Julian Gadano

La cuestión universitaria se considera hoy, periódicamente, de bajo perfil. Sin embargo, sus problemas siguen agravándose. La solución de estos no implica el tratamiento de focos de conflictos aislados —financiamiento, ingreso— sino que debe contemplar una redefinición de los beneficios que recibirá la sociedad si se preocupa por la formación de profesionales.

En la misma del universidad, como institución y diferencia de aquellas funciones que sobreviene, ya no es el mismo que sobreviene, ya no es la agregación de demandas de la relación específica entre la universidad y la región que la alberga. Nos referimos a la investigación (básica y aplicada), la formación de profesionales e investigadores, y la transferencia tecnológica.

Es decir, una universidad púdica, no determinamos circunstancias, servir como polo de desarrollo regional, evitar la migración, desarrollar segmentos específicos de investigación, etc. y es positivo que así sea. El problema surge cuando alguna de estas funciones resulta imposible de llevarse a cabo sin el deterioro de alguna otra. Incluso esto mismo podría ser válido si fuera el producto de una manifestación explícita de objetivos por parte de quienes son o deberían ser responsables de la política universitaria, no consecuencia de la agregación indiscriminada de demandas.

La universidad es patrimonio de la sociedad, y así debe ser entendido cuando el estado «gasta» dinero en un estudiante está invirtiendo en el desarrollo, no brindando un servicio individual. De aquí se desprenden algunas consideraciones: Sobre el «estímulo» de la universidad, efectivamente, la universidad forma elites. Es una consecuencia de su actividad, ya que es imposible—y absurdo—pensar en una universidad que alberga a todos los miembros de la sociedad. En este aspecto, por lo menos, el problema no es la universidad forma o

no elites, sino el modo en que se constituyen los mecanismos de formación de elites. Con eso queremos decir que si este tema «el criterio» en el que se forman elites no figura explícitamente en los objetivos de quienes hacen la política universitaria, se corre el riesgo de tolerar—detrás de una pretendida falta de restricciones al ingreso— que sea el «mercado» el que se ocupa de seleccionar. Esto es una serie de mecanismos—en general consecuencia de las condiciones sociales—por fuera del alcance de la política universitaria, que irán determinado quien entre y quien sale. A nuestro entender, la búsqueda debe estar orientada en como aplicar criterios de justicia en el proceso. Honestamente, la universidad hoy, en general, lo que ha hecho es renunciar a aplicar herramientas de planificación.

El anterior criterio de justicia debe ser compatible con un criterio de racionalidad en la inversión social. Esto es: si entendemos que la universidad no es un servicio público—ni tampoco un derecho básico— que entienda el ingreso de un estudiante a la misma como un contrato, donde existen obligaciones de ambas partes. Por el lado de la universidad: hacer posible que el estudiante pueda llevar adelante sus actividades, financiarlo sus estudios si es necesario, brindarle los elementos para poder estudiar realmente, construir un clima estimulante. Por el lado del estudiante: básicamente producir, esto es: cumplir con un plan general de estudios, cumplir con condiciones de regularidad, cumplir con un mínimo de asistencia, etc. El objetivo del estudiante no es

2. El financiamiento

Las universidades nacionales son y han sido históricamente organismos públicos que, más allá de su autonomía, fueron administradas financieramente por el estado. Esto es, la dependencia no se reduce al pago de prácticamente todos los gastos, sino que va mucho más allá: «En un país históricamente inflacionario como el nuestro, que ha funcionado con actualizaciones de presupuestos, es en la práctica el PEN el que define el nivel del gasto. Esto se acienta al funcionar con atraso permanente en el presupuesto, con prórogas a cuenta de los anteriores. Los que en la práctica ocurre es que las universidades deben pedir más y más el dinero necesario para financiar los mismos gastos que en el anterior, sin poder decidir sobre prioridades en los mismos».

«Al no existir una ley que reglamente el funcionamiento de las universidades, o por lo menos el régimen financiero global de las mismas, éstas están sujetas a la arbitrariedad del gobierno de turno. El problema no es entonces si hay que anularlo o no, sino el establecimiento de un régimen que dé cuenta de una relación permanente y estable

PUNTO DE VISTA

APARECIO EL N° 41 - DICIEMBRE DE 1991

- **En memoria de José Aricé**
- **J. Habermas** *¿Qué significa el socialismo hoy?*
- **R. Becerro** *Los que se van y los que se quedan*
- **R. Sarlo** *El audiovisual político*
- **A. Goretti** *Miradas sobre Buenos Aires: itinerarios*
- **H. Sabato** *¿Qué es una nación?*
- **H. Zevaloff** *Masotta y Correa*
- **E. Roussini** *Sarrie, lector de Freud*

A 50.000.- el ejemplar

entre la universidad y el estado, una de cuyas artistas es el financiamiento. Ninguna decisión importante puede ser tomada si no se define este tema previamente.

Como el monto que destina el estado a las universidades no es otra cosa que la cantidad de esfuerzo que la sociedad debe hacer para sostenerlas, este tema debe ser discutido en el parlamento, y convertido en una ley que determine con un criterio no sujeto a la coyuntura, que monto se destinará año a año a las universidades, y en relación a qué prioridades y criterios se fija ese monto". Un debate en el parlamento, que explicita qué se le demanda a las universidades y cuánto se destina a su funcionamiento, es el mecanismo político que mejor reflejará una redefinición del contrato entre la universidad y la sociedad. Sólo a partir de ese momento las autoridades universitarias podrán ocuparse de desarrollar políticas para el sector, fuera de un contexto de incertidumbre que no permite saber nunca con qué recursos se cuenta. La cuestión del financiamiento deberá resolver una tensión que se resuelve sobre los ejes:

a) El presupuesto estatal deberá garantizar el funcionamiento, lo que significa que para calcularlo se deberá tener en cuenta el sostenimiento de las estructuras actuales y de una planta salarial reconstituida (el deterioro, achatamiento y vetustez de las escalas hacen necesaria su reconstrucción total sobre la base cero), y b) Las universidades deberán obligadas a buscar financiamiento alternativo, para cualquier actividad por encima de las financiadas por el estado. Por último, en relación al financiamiento alternativo, es necesario salir de la oposición "arancel sí o no". Pretender resolver los problemas de la universidad planteando el arancel de los estudios de grado (porque de eso se trata), es aun más reduccionista e ingenio que querer dejar las cosas como están. Por eso enfatizamos en que ésta no es cuestión a discutir exclusivamente por las universidades, sino por el parlamento. Un debate donde se expliciten las concepciones que hoy circulan, y donde las universidades tengan oportunidad de hacer pública la necesidad del financiamiento estatal. Una universidad financiada básicamente por estudiantes es posible, pero sólo es viable en el marco de una idea muy retrógrada de sociedad. En relación a otras alternativas de financiamiento, debemos decir en primer lugar que siempre son complementarias del financiamiento básico. Las universidades, para no ser enseñadores, requieren de una gran inversión, que sólo puede sostenida por el estado, o por sus miembros. No hay muchas más alternativas.

3. La toma de decisiones

Por último, un nuevo «contrato» deberá dar cuenta de la reformulación del proceso de toma de decisiones. En primer lugar, determinar niveles de decisión, que vayan desde una facultad hasta todo el sistema. Hay cuestiones que afectan el funcionamiento de toda una universidad, e incluso todo el sistema, y no deberán ser definidos en un nivel menor. Las condiciones de admisibilidad, por ejemplo, no deberían formar parte del núcleo de decisiones de una facultad, ya que hay que entenderlas como parte de un sistema. Una nueva forma normativa para las universidades debe contemplar este problema, pensando en la re-



construcción del sistema universitario. Lo que ocurre en la práctica es que las funciones de planificación -si las hay- las resuelve el gobierno central. ¿Qué hacer, por ejemplo, si la universidad arranca los estudios y, como es obvio, una gran parte de los estudiantes de esa ciudad van a estudiar a otra, generando una carga extra a otra universidad? Es preocupante la falta de instrumentos para la planificación universitaria a nivel nacional. Si bien la creación del CIN es un paso auspicioso, hoy no es más que un instrumento político ante el gobierno central, y sería interesante que se convirtiera en la instancia superior de planificación universitaria y coordinación con el gobierno central. Hoy, la cuestión de las competencias se ha convertido en un campo de batalla en el que el gobierno central tiene la ofensiva, pero sin mayores objetivos aparentes que recortar autonomía, en el nombre de la eficiencia y la racionalidad. Es evidente que es necesario encontrar mecanismos de racionalización en la toma de decisiones, pero esto no es necesariamente consecuencia del caso. Podemos ser rotundo el ministerio de Educación: Podríamos aproximarnos a una alternativa, con un diseño sobre las siguientes bases:

a) Nivel de aplicación superior: el parlamento tendrá la decisión final sobre las modificaciones al sistema, las reducciones o ampliaciones presupuestarias, y la asignación de recursos a cada universidad; y el poder judicial debería ser la instancia final de aplicación en conflictos entre niveles, o entre éstos y particulares.

b) Nivel de coordinación: entre el CIN y el Ministerio de Educación en lo que hace a la coordinación del sistema educativo global.

c) Nivel de planificación nacional: el CIN (o el organismo que eventualmente se constituyera en su lugar) debería ocuparse de planificación nacional (esto es, prioridades regionales de promoción de determinadas actividades, gratuidad no los cursos de grado, líneas generales sobre mecanismos de admisibilidad, etc.) lo que lo convierte también en el organismo que propone la asignación de recursos a nivel nacional.

d) Los gobiernos autónomos: los Consejos Superiores y los Rectores deberían seguir teniendo las mismas funciones que hoy, pero en el marco de un sistema. Hay cuestiones, como la determinación de las condiciones de admisibilidad, que deberían ser facultad de los CS. (condicionados en los lineamientos generales del sistema nacional), pero nunca de las facultades.

e) Las administraciones académicas: los Consejos Directivos y los Decanos se ocuparían de las mismas funciones que las que tienen hoy, pero en el marco del sistema, y con los agregados planteados.

Estaría conformado así un sistema universitario descentralizado, con tres niveles centrales de decisión (y niveles regionales intermedios), que permitiría compatibilizar autonomía con planificación.

En términos generales, la forma actual de constitución de autoridades no necesita de grandes correcciones, salvo la necesidad de reglamentar la participación de los docentes auxiliares, y de replantear parcialmente la idea de claustro de graduados. Por último debemos decir que ninguna decisión puede ser llevada a la práctica si no se cuenta con gente para hacerlo, y para lograr esto es necesario pagarle buenos sueldos al personal. Por eso es necesario reestructurar la escala salarial docente y no docente*.

Para el personal no-docente: hay que definir claramente qué porcentaje se destina a planta temporal y autoridades superiores, y reconstruir el resto de los cargos. La escala salarial debería ser, como mínimo, de 1 a 6.

Para los docentes y profesores: habría que concursar, como mínimo, el 80% de los cargos de profesores y docentes auxiliares, reglamentando el régimen para los últimos. Se debe reconstruir previamente la escala salarial, y luego intentar ampliar la cantidad de docentes con dedicación exclusiva, aunque esto signifique reducir la cantidad total de cargos. Sería bueno, también que la mejora salarial estuviera repartida entre la antigüedad y no sólo ésta última, como es actualmente.

Si todos estos elementos pudieran ser plasmados (en forma más ordenada) en una normativa legal que regule el funcionamiento, estaríamos más cerca de contar con un sistema universitario que haga posible abandonar la cuestión por la que lentamente se está desfilando.

Notas:

1. V. «La Ciudad Futura», Nro 21, p. 23
2. Al hablar de respuestas, nos referimos a propuestas que forman parte de la agenda política en relación al tema, y hayan sido adoptadas por sectores políticos. Nos referimos a la cantidad y no a la jerarquía técnica sobre el tema.
3. V. «Gobernar es Ganar», en LCF Nro. 27
4. Nos estamos refiriendo a la polémica acerca de la utilidad o inutilidad del Ciclo de la Base Común, el problema requiere de una definición previa, muy relacionada con el tipo de educación superior que se persigue. Personalmente creo que el CBC es una herramienta muy útil para lograr avances en cuanto a orientación de la matrícula, definición de prioridades, e incluso criterios de selección. El problema reside en el CBC. Éste sufre las consecuencias de una lucha abierta en el marco altamente deestructurado.
5. V. «El Mito de la Universidad Servicio público», en LCF, Nro. 21.
6. Hay que reconocer que el hecho de que el presupuesto fuera presentado en forma posible que las características y los montos propuestos (financiamiento hostiles a las universidades, por cierto) están siendo discutidos antes y no después de aprobado el presupuesto.
7. Los mecanismos son diversos. Hay casos concretos y recientes, como el de la Universidad política boliviana, realizada bajo el gobierno de Paz Estenssoro, que determinó un porcentaje permanente del presupuesto para las universidades nacionales.
8. Hoy, el personal universitario es, probablemente el peor pago del país, y esto se ve agravado por el hecho de que quien entra a la universidad como administrativo sabe que nunca va a mejorar sus ingresos: la escala, de 10 categorías, tiene una relación a duras penas de 2 a 1 entre la categoría más alta y la más baja.

La Ciudad Futura

Suplemento/10

José Aricó: un socialista empedernido



Más con la premura que siempre exigen los sentimientos intensos que con la dedicación y el esfuerzo que solicita una obra que se despielve con una gran capacidad para registrar y analizar los grandes acontecimientos y los mejores protagonistas de nuestra época; y con una inculcable nostalgia, por cierto, a pesar de que lo seguimos teniendo como un interlocutor que difícilmente dejará de serlo, mucho menos en circunstancias como éstas en que la conversación va dejando de ser cada vez más una búsqueda común, *La Ciudad Futura*, revista que él creara, como tantas otras, ha querido dedicar este Suplemento a quien sigue siendo su insustituible director: a José Aricó.

Se trata apenas de una primera muestra de nuestro recuerdo y reconocimiento permanentes, a la que le seguirán otras, que los integrantes de esta revista y demás miembros del Club de Cultura Socialista han decidido realizar. En esta oportunidad hemos reunido materiales inéditos de Pancho, por cierto apenas una mínima parte de textos que no registraron su paso por la imprenta y que hasta ahora ni siquiera han sido objeto de ordenamiento y clasificación alguna. Es el caso de «1917 y América Latina» y «La hipótesis de Justo». Pero además, nos pareció oportuno agregar fragmentos de reportajes que le hicieran en su oportunidad las revistas *Vuelta* y *David y Goliath*, porque en ellos, como en muchas otras conversaciones, ahí la personalidad y la sabiduría de

Pancho se manifestaba en todo su esplendor. En realidad, este Suplemento podría haber estado íntegramente compuesto por trabajos de Pancho, pero hemos preferido incluir materiales que numerosos intelectuales y amigos escribieron para recordarlo y destacar su calidad intelectual y humana. Las exposiciones de Ansaldo, Calderón, Delich, Díaz, Halperín, Jozami, Portantiero y Sarlo fueron hechas por primera vez en el homenaje que le realizara el Foro Nueva Sociedad-Gandhi, el 22 de setiembre último en donde, además, se exhibiera un fragmento del video sobre Pancho que Rafael Filippetti es el punto de concluir. La nota de Oscar del Barco fue publicada originariamente en *La Voz del Inr* la de Oscar Terán fue leída por primera vez también en Córdoba, en el homenaje que le

Universidad Nacional de Córdoba y el Club de Cultura Socialista de esa ciudad.
Por último, la carta del doctor Raúl Alfonsín y el texto de Ernesto y Pablo Serre especialmente para este Suplemento.

Espacios

de crítica y producción

Apareció el Nº 10 de Espacios

LA REVISTA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Diálogo Wenders/Godard

Creador de empresas imposibles

Juan Carlos Portantiero

Hemos dicho ya tantas palabras en estos dos números de la revista que estamos recordando a Pancho que hasta él mismo, ese paciente, maduro y tolerante, ese sabio Pancho, ya estaría moviéndose inquieto en su silla.

Pero además estas palabras recortan perfiles, fragmentos que permiten entender el itinerario de Pancho, su derrotero. Es cierto que un hombre no es la suma de las miradas que existan sobre él, ni de sus fragmentos. Cada uno de nosotros ha construido en su corazón, en su interior, a un Pancho total, y ese Pancho total es el que está presente, pese a que no lo haya examinado según miradas parciales.

Si yo tengo que hablar de Pancho, no puedo hacerlo de otra manera que vinculándolo con mi propia vida, por lo menos con mi vida de los últimos treinta y tantos años. No encuentro forma de separar a Pancho de esa experiencia, y esa es como pienso en qué estación me detengo, en qué recodo de ese camino de treinta años para, para tratar de recuperar desde allí a ese Pancho total que uno tiene dentro. Hay varios momentos, y por supuesto no fueron sólo míos sino que fueron compartidos con muchos más.

Quizás sea a principios de los '60, el primero, cuando sólo nos conocíamos por carta. El año en Córdoba, yo aquí, en Buenos Aires. Teníamos algunos amigos o compañeros comunes, yo había sido de Pancho que en ese entonces era Secretario de la Fede, de la Federación Juvenil Comunista, en Córdoba, y a días nocturnos—lo recuerdo—yo muy posiblemente yo me preocupaba y por cierto, en esas épocas de semiclandestinidad no nos encontramos; la cita había sido en la puerta de El Molino. Después, recién entonces se pudo hacer el encuentro y, a partir de ahí, vivimos desde el interior de la Juventud Comunista todo el período de ruptura con el partido, en el momento en que se desmoronó el partido extraña de Guevara, de Mao, de Gramsci y Togliatti, armba un discurso con el cual nos queríamos oponer al discurso oficial del PC. Y de esa aventura—que terminó en un efímero grupo político sin mayor trascendencia—lo único que quedó fue la experiencia que hizo Pancho, en Córdoba, que fue Pasado y Presente, a la cual nosotros contribuimos desde Buenos Aires. Era el momento en que la ruptura con el PC significaba la primera vinculación con una experiencia terrible y dolorosa que se definiría en la tragedia de los '70. Y fue entonces, en los '60, la vinculación que esa ruptura tuvo con la guerrilla la Salta, lugar hasta donde llegó Pancho para entrevistarse con el "comandante segundo" y traernos la versión de lo que estaba pasando, una versión que nos indicaba la convicción de que eso iba a terminar muy mal, como efectivamente terminó.

Después está el Pancho que vino a vivir a Buenos Aires. Entendimos que él mismo más cotidiano y cotidiano con nosotros intelectual y política en la segunda etapa de Pasado y Presente.

Fue a mi vez cuando el Pancho más importante, el más central, es el Pancho de México, el del exilio mexicano que también



Con Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula, en el aeropuerto Benito Juárez de México

abordamos casi simultáneamente—Pancho llegó apenas unos meses antes que yo a México—. Recuerdo que quien estaba esperando en el aeropuerto era precisamente él, en compañía de otro amigo boliviano a quien también lloramos. René Zavaleta Mercado.

Creo que Pancho en México descubrió muchísimas cosas. En primer lugar —Alberto Díaz lo mencionó— la paz, la calma, la tranquilidad que la vida mexicana le proporcionó y que le ayudó a descubrir que era algo más que un editor de libros. Que era algo más que un erudito en Marx, que a veces nos hacía pensar, en broma, que buena parte de los manuscritos de Marx que publicaba habían sido escritos por él. Que era más que un editor, que era esencialmente un investigador.

Fue a mi vez cuando el Pancho más importante, el más central, es el Pancho de México, el del exilio mexicano que también

trabajos sobre Mariátegui, que le permitieron encontrar que en el continente latinoamericano, aunque sea uno, de alguna manera se había acercado a la posibilidad de pensar el socialismo con un criterio riguroso. Y está latinoamericanizado un Pancho ya investigador, es lo que también hace que su nombre, a partir de esa residencia mexicana, empiece a trascender en América Latina. A fines de los '70 y comienzos de los '80, en Perú, Pancho era una especie de prócer intelectual. Los peruanos habían aprendido a releer a Mariátegui gracias a él, a este cordobés que estaba viviendo en México y a quien muy pocos hasta ese momento habían conocido, salvo aquellos que podían saber de sus tareas editoriales. Efectivamente con un Perú particularmente inquieto, donde la izquierda—en una forma muy extravagante que pronto se esfumó—llegó a tener el 30 por ciento de los votos, en ese Perú Pancho desempeñó un papel intelectual de primer nivel.

Estos dos temas: Latinoamericana, como objeto de su indagación, y la posibilidad de transformarse efectivamente en un investigador son, yo diría, las prendas que México le da a Pancho en su exilio. Y la tercera, compararla con muchos otros de la tradición de los '70 a la voluntad de replensar una serie de temas y problemas, entre ellos el de la relación entre el socialismo y la democracia. De esa inquietud surge una publicación que, lamentablemente, por estas disconcordancias en que la historia argentina se complacía, casi nadie conoce. Fue la revista *Enfoque*, donde podíamos compartir la redacción gente de distintos orígenes políticos, donde podía estar el Tolo Schmucler, Emilio de Ipolita, Oscar del Barco, Oscar Terán, y donde estaban también Jorge Brenner, Sergio Caletti, Nicolás Casullo, etc., en la idea de que esa discusión tenía que trascender las barreras estrechamente ideológicas. Y estas empresas eran tan posibles solamente porque existía una figura aglutinadora como Pancho. Nadie podría haber encarado estas empresas, sino él.

Pancho tenía, quizá este sea el rasgo más honroso de su personalidad como intelectual, una vocación clásica de maestro, tomaba del viejo socialismo y del viejo comunismo, la idea de que en realidad la ideología, la política, la cultura no eran otra cosa que una herramienta para abrir consciencias, para convocar voluntades. A su amparo se creaban instituciones: editoriales, revistas, la Mesa de Discusión Socialista en México y el Club de Cultura Socialista en la vuelta de nuestro exilio y otros, quienes seguimos adelante con los últimos proyectos de Pancho, *La Ciudad Futura*, el Club, la voluntad de construir a una refundación del partido socialista—nos preguntamos si podríamos continuar, y en caso de que así fuera, cómo hacerlo. Es verdad que todo hombre es irremplazable, pero esta es una reflexión que el ocaso de la tierra via para encasillar mejor el agua y la derrota de los socialdemócratas del Norte de Europa. Sin incommo a Enrico Berlinguer y al

Viaje en torno al auge y la caída del mito socialdemócrata

Suecia: el modelo bajo la mira

Franco Castiglioni



Por derrumbe o agotamiento el socialismo en Europa ha salido momentáneamente de escena. Después de la caída de los regímenes del Este y de la desnaturalización del socialismo mediterráneo, le toca ahora el turno a la socialdemocracia sueca, derrotada en las elecciones de septiembre. El modelo del Estado de bienestar y la concertación social ha caído bajo la mira de la derecha, que certifica gozosa que "el socialismo sueco ha muerto". Ante la ausencia de alternativas, ¿es posible una izquierda supranacional?

El viejo e hibrido PC italiano, la tercera vía apareció en su más espléndida forma en Francia en 1981 cuando los socialistas llegaron al poder. El programa de gobierno teorizaba una *ruptura democrática* que combata en breves plazos la relación de fuerzas entre las clases, para transformar el orden establecido. El así llamado "modelo mediterráneo", al cual se asociaban en los discursos también los socialistas españoles (opuestos al socialismo griego, nacionalista y populista y al portugués, alantista y moderado), prescribía la nacionalización de los bancos y grandes industrias, la democratización de las fábricas, con fórmulas autogestoras. El programa se completaba con la promoción pública de las pequeñas empresas y de las cooperativas para dar prioridad al pleno empleo. No era una lógica capitalista. En poco tiempo, del programa comunistas quedaron solo las nacionalizaciones, que serían años después revertidas. La noción clave del proceso francés se transformó rápidamente en la modernización del aparato productivo para enfrentar la competencia internacional y, recién entonces, asegurar el pleno empleo. Invertido el orden de los factores no quedaba más que dar coherencia los hechos y afirmar, como lo hiciera el secretario Lionel Jospin, que "la política que realizamos es socialista porque está realizada por los socialistas". Tanto en Francia como en España la tercera vía se limitó a modernizar eficientemente la economía, aún en abierta contraposición con los postulados sociales que promovía, quedándose muy de este lado de las marcas teóricas trazadas. Fuera de escena la tercera vía, quedaba entonces en Europa occidental sólo la experiencia socialdemócrata escandinava, exitosa en la ampliación del bienestar, a la que nadie podía acusar de ser incoherente con sus postulados reformistas.

Entre los tantos rasgos distintivos que alejan al socialismo mediterráneo de la so-

cialdemocracia sueca dos aparecen con mayor notoriedad. En el modelo nórdico los partidos comunistas carecieron de influencia, mientras en la izquierda del Sur europeo los comunistas han sido por décadas la primera fuerza o al menos un sector relevante del movimiento obrero. El otro elemento, en parte ligado al anterior, es la activa presencia en Suecia de un fuerte movimiento sindical reformista, altamente concentrado y centralizado, con tasas de afiliación superiores al 80%, hegemonizado por los socialdemócratas, mientras en Francia y España la clase trabajadora, más débil en su perfil organizacional, creció dividida entre sindicatos competitivos, cada uno con sus propios recursos y estrategias. De aquí que para los socialdemócratas de Tage Erlander y Olof Palme la asociación con la central de trabajadores de Suecia (LO) había constituido la base de la exitosa concertación social tripartita (empresarios, gobierno y sindicatos), fórmula de representación y gobierno que se mantuvo intacta desde los años '50 hasta los '80. Para los socialistas españoles y franceses, en cambio, en ausencia de ineficaz fuerte, unido y asociado ideológicamente, la fórmula de representación y gobierno debió reposar en el principio de la igualdad del voto, alejado de la teoría de toda presión corporativa. Esta separación del sector sindical, y en más de una ocasión la falta de diálogo y el conflicto social agudo, llevó a los movimientos mediterráneos a privilegiar fórmulas reformistas con el decisionismo tecnocrático.

Sobre la base de la concertación y de la participación del movimiento obrero, los gobiernos suecos implementaron con éxito políticas económicas keynesianas y políticas activas hacia el mercado de trabajo, que condujeron a eliminar la desocupa-

ción y a mantener bajo control el conflicto social y la inflación. Contrariamente a los lugares comunes, el Estado no se caracterizó como productor de bienes, que permanecieron y se expandieron en manos privadas, sino como ergógrafos de servicios universalizados. El Estado del Bienestar para su ciudadanía, a diferencia del Estado asistencial que presta atención exclusivamente a los marginados de la competencia, hizo inevitable la existencia de un sector público excepcionalmente grande, que alcanzó en los últimos años el 60% del PIB, y los sistemas impositivos que en razón de la equidad social se fundó en una acentuada progresividad.

El modelo sueco comenzó a hacer agua a mediados de los '80. La mundialización de la economía, que implica necesariamente la desaparición de los principios y de las formas organizativas centradas en los sistemas nacionales, y las exigencias de las grandes compañías de aliarse sobre bases transnacionales, desarticulando la concertación social y presionando sobre el gobierno para reducir el gasto público y la presión fiscal y abrir la economía. La misma complejización de la sociedad dificultó cada vez más el control homogéneo de los trabajadores por parte de los sindicatos. El aumento de la desocupación, una inflación cercana al 10% y la recesión dieron el golpe de gracia electoral a los socialdemócratas, que intentaron hasta el final resistir en su fórmula política tradicional. Si bien es cierto que sus sucesores representan una coalición de cuatro partidos sin clara hegemonía y sin una mayoría neto, lo cual dificulta su tarea, es también cierto que a diferencia de la falla de experiencia del actual gobierno burgués (1976-82), las condiciones económicas mundiales, la integración a la CEE, y el clima cultural predominante en Europa, privilegian la desregulación y la privatización, a la que aspiran los empresarios interesados en apropiarse de los servicios públicos del bienestar. Hoy, la batalla de los conservadores se resume en su slogan electoral: "eliminar de raíz el socialismo en Europa". La caída de los socialdemócratas reabre viejas interrogantes sobre la perentoriedad del Estado del bienestar en una economía capitalista. Pero sin la opción leninista de frente, la alternativa entre reforma y revolución aparece irremediablemente obsoleta. Tal vez la lección sueca, seguramente de replique ante la ausencia de nuevas ideas socialistas, sea que las vías estructurales nacionales resultan insuficientes para la permanencia de reformas de carácter socialdemócrata. Y aún para la misma integración social de sectores del electorado que se expresan cada vez más a través de la extrema derecha populista. Así como Europa tiene su "casa común", la izquierda europea deberá construir la suya propia para dar respuestas creíbles y viables más allá de las fronteras locales.

Ensayo

Desafíos de la socialdemocracia en América Latina

Fernando Henrique Cardoso*

Albert Hirschman dictó recientemente una conferencia sobre la retórica reaccionaria en la Universidad de Michigan. En el marco de *The Tanner Lectures on Human Values*. Con la pregunta de si los característicos simétricos las profetas reaccionarios lo que llamó *The two hundred years of reactionary history: the case of perverse effect*. Su núcleo central es el pesimismo sobre cualquier transformación que se produzca positivamente: *plus ça change, plus ça est la même chose*.

Está claro que el pensamiento reaccionario no asume el simplismo de esta máxima. Es más sofisticado, pero casi siempre termina por "demostrar" que, por mejores que sean las intenciones de reformar, existen siempre consecuencias inesperadas de los actos reformadores que terminan por traer malos buenos propósitos y por reforzar una tendencia preexistente.

Hirschman dedica al lector mostrando que el pesimismo de la tesis de los efectos perversos encuentra su continuidad en lo que llama la tesis de fatality (*fatality thesis*), o sea, los términos de cambio siempre son abortados, son inútiles, ilusorios e incapaces de alterar las estructuras. Para este caso, la versión más popular es la del príncipe Lambeduzo en *Il Gattopardo*, cuando afirma que *todo debe cambiarse, pero que nada cambia*.

Finalmente Hirschman describe una tercera dimensión del pensamiento reaccionario que califica como *jeopardy thesis*, esto es cualquier nueva reforma implica un riesgo para las reformas anteriores. Como afirma Adam Smith con "los mano invisibles" — que secularizó la tesis de la Divina Providencia o, en la versión popular, que "Dios escribe derecho con líneas torcidas". Hemos visto resultado. Hoy el pensamiento económico está permeado por la idea de que "mientras menos actúe, mejor". Así ha ocurrido por el individualismo posesivo ha vuelto a ocupar el centro de la escena.

En el ámbito de las políticas sociales, el papel regulador del poder público terminarían por deteriorar las grandes conquistas de la revolución liberal-burguesa.

Es aquí donde se fundamenta de la historia de las ideas desarrollada por Hirschman, el cual, si es que sirve para otra cosa, sirve, como dice el mismo Hirschman, para *elevare el nivel de los argentinos*. Quiéranse recordar socialistas o no, los términos de cambio de Robert Merton ha presentado una versión que, si no iba en la línea del "progreso" y del "iluminismo", por lo menos evita el riesgo de la amenaza "romántica" del retroceso. En su asociación al término de *re-visibility effect*, Merton trata de no inoperado, del efecto no previsto, menos como una fatalidad o algo disruptivo que impide la consecución de los buenos propósitos, que como algo que, aunque no hubiera sido intencional, termina por permitir un *break through* en la comprensión de los fenómenos.

Forzando la interpretación, ya que Merton no se refiere a la evolución o al retroceso de los procesos sociales reales sino a descubrimientos científicos inesperados, yo diría que en el caso de América Latina, las chances y la motivación para la socialdemocracia son más bien evaluadas a partir de "resultados no previstos" en la situación histórica anterior, que en términos de una intención reformadora que, por la fuerza de las cosas, como dicen los reaccionarios, se acabará por perder.

Tengo por tanto la misma inspiración (confesada y además copada) de Hirschman, en el sentido de rechazar el pesimismo metafísico — y oportunista — de los reaccionarios, pero utilizó otros argumentos para validar la posibilidad de reforma.

Tras una pormenorizada referencia a los distintos caminos seguidos por la socialdemocracia en Europa y Latinoamérica, y en el marco de un análisis del proceso económico y político de la región, el autor define las tareas de la hora como un desafío ante la aparente *marcha triunfal del liberalismo en todo el planeta*. Y asegura que *si no llegase a ser capaz de hacer confluir la prosperidad necesaria con la distribución de los ingresos en orden al punto de vista de las mayorías, la socialdemocracia habrá fracasado*.

La década del '80, con Thatcher y Reagan, constituye el apogeo de la "desregulación" de la creación innombrable en el "evangelio del mercado" en la superación del "intervencionismo menor del progreso". Es como afirma Adam Smith con "los mano invisibles" — que secularizó la tesis de la Divina Providencia o, en la versión popular, que "Dios escribe derecho con líneas torcidas". Hemos visto resultado. Hoy el pensamiento económico está permeado por la idea de que "mientras menos actúe, mejor". Así ha ocurrido por el individualismo posesivo ha vuelto a ocupar el centro de la escena.

Para desgracia de los socialdemócratas, la reconstrucción de la economía de mercado en el Este europeo, y, en particular, en la Unión Soviética es vista como la "prueba" de que la modernidad depende de la "competitividad" del interés privado, de la libertad de iniciativa, etc. Es por lo tanto en un horizonte que apunta hacia el triunfo del liberalismo, hacia la supremacía de mercado libre como regulador de la economía, donde despunta la socialdemocracia en América Latina.

Si embargo, la socialdemocracia no debe enfrentar solamente las dificultades derivadas del prestigio del capitalismo liberal. Ella también necesita ajustar cuentas con efectos inesperados, traídos por las transformaciones en el mundo soviético. Si la lectura de lo que está sucediendo en el Este se limita a que la "planificación estatal fue quien suplantó al socialismo", y si se convirtiera en defensor del autoritarismo estatal, ¿cómo podría hoy agotar?

La socialdemocracia contemporánea sólo sobrevivirá si es capaz de rescatar el hilo de pensamiento y de acción de los socialdemócratas austriacos del pasado, entre otros, y de afirmar con claridad, tanto del liberalismo, como de la necesidad de edificar el mercado cuando del socialismo bolchevique. Este ha visto en el autoritarismo centralizador del *Érass* de la "mano invisible", actuando por intermedio de un "Dios pagano (el partido) capaz de prevenir de prevenir los cotidianos de los pueblos, a través de la planificación estatal, quizás inspirado más en Augusto Comte que en la dialéctica.

conformado con el éxito del liberalismo. Todo ello en un contexto de esancamiento económico (la década de los 80 es considerada, desde este punto de vista, como una década perdida y de desigual social crecimiento).

La tradición nacional-populista

Antes de retomar los desafíos del futuro, quiero hacer un breve repaso de las características de la situación histórica que pesan sobre el desafío social demócrata.

La industrialización y la industrialización, con la emergencia de las clases medias y del empresariado moderno, han dado lugar en América Latina al fortalecimiento de la conciencia que la cuestión central, desde la perspectiva del interés popular y del interés nacional, era sostener políticas de desarrollo económico que reemplazaran las prácticas anteriores, que buscaban el crecimiento de la economía en el llamado modo agroexportador.

La crisis de este último modelo, tan bien caracterizada y descrita en algunos de los trabajos elaborados en los años '50 por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y, en particular, por José Medina Echevarría, correspondió para la historia social del continente a la crisis del "Antiguo Régimen" europeo. La hacienda como unidad básica de producción y como núcleo de ordenamiento de las relaciones sociales y políticas entraba en crisis en la medida en que surgía la economía urbana-industrial. Del mismo modo, el estado patrimonialista, para utilizar la tipología weberiana, con sus clientelas tradicionales y su control por parte de los partidos de "notables", se vio erosionado por la presión de las misas urbanas, de las clases medias y del empresariado industrial.

Tomando como base el país del cual más ha avanzado la modernización de la sociedad, la Argentina, Gino Germani fue quien mejor caracterizó el proceso de formación de un estado "moderno" y "democrático" a partir de una serie de multitudines de desamansados, los "abiecitos nacos", antes que por individuos portadores de derechos y ávidos por verlos asegurados por la ley. Las turbas urbanas asociadas a la modernización de la economía, surgieron en primer lugar de desmoronarse al borde de trompeta de los "nuevos bárbaros" se resistió, se transformó y se volvió el "bueno de las esperanzas de desarrollo con distribución de ingresos".

De este modo se dio el paso de la "economía de hacienda" hacia la economía urbana-industrial, sin que se hayan rotto completamente las anteriores estructuras políticas de dominación.

Este nuevo arreglo fue distinto de un país a otro. Hace aproximadamente veinte años escribí que, en general, en aquellos países en los cuales predominaba una economía de enclave, el mencionado pasaje se llevó a cabo reforzando el carácter revolucionario de las demandas de las clases medias emergentes con un tono fuertemente antiparlamentarista.

Como contrapartida, en los países donde hubo mayor desarrollo económico, el pasaje se dio a través de políticas nacional-populistas, en lugar de hacerlo por medio de explosiones de protestas o del fortalecimiento de partidos representativos de los nuevos intereses, con autonomía relativa respecto de los representantes del antiguo régimen.

Si algo atravesó toda la historia latinoamericana después de los años '30 — después de la gran depresión — con marcada continuidad en los años posteriores a la segunda guerra mundial, fue el papel del estado como agente del tanto del desarrollo económico como de una posible política de distribución y de mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo.

La agenda que racionalizó ese papel del estado en América Latina fue la CEPAL. Ella fue quien puso en circulación los grandes temas del progreso latinoamericano: la industrialización, el fin del deterioro de los términos

de intercambio, las reformas estructurales (industriales o agrarias) y la distribución del ingreso fuera del pilares de la élite social y de la élite burocrática y de las economías dependientes de América Latina. Como resultado de ese proceso, el estado, pasó a ser vivo, no como la expresión de una dominación de clase (a la Marx), sino más bien como el punto de encuentro de los intereses contradictorios y los intereses populares, sin contradicciones antagónicas con los intereses de los "nuevos productores". Si había contradicciones, era con el "imperialismo" y con "la latifundia" y los demás "hefistas personales" del antiguo orden.

Se dio así una especie de bendición teórica al nacional-populismo y al revolucionarismo de clase media, sin que se les atribuyera el carácter de "desdibujados" en la producción, cuando, desde el ángulo político, por el "espartacismo simbólico" sin representación democrática.

Ello no significa que los teóricos del desarrollo o del desarrollo humano hayan sido responsables por ello, o que hayan sido presureses ya sea de, ya sea, de un radicalismo populista burgués (que posteriormente alimentó en gran medida el revolucionarismo "foquista") o, lo que sí es cierto es que en la historia latinoamericana contemporánea, la idea de progreso no nació asociada a la lucha de las clases populares contra la "dominación burguesa", ni a la idea del perfeccionamiento de los mecanismos de representación política (de los partidos y de los sistemas electorales), ni siquiera a la idea de "Luz y Libertad" en favor por los derechos y por la ciudadanía. Estas preocupaciones empezaron a despuntar en el ideario progresista más recientemente y luego de una transformación política a la cual haré una referencia en seguida.

En las décadas, si en Europa la crisis a las insuficiencias de la democracia formal aguda fuerza después que ésta (con el sufrágio universal) y lo que siguió) está ya curada en alguna medida en las prácticas políticas de los países más desarrollados, como en América Latina la reivindicación social (y más populista) y la búsqueda de mayores oportunidades de desarrollo económico (y anti imperialismo) surgen antes que la reivindicación propiamente democrática, y hasta para este momento, en América Latina, surgen varios factores.

Me limito a señalar dos de ellos, resaltando que la crítica al orden existente, desde la perspectiva de la izquierda, se hizo desde dos vertientes que minimaban, ambas, los "aspectos positivos" de la democracia burguesa: la crítica a la falta de combate a las causas "sustanciales" de la desigualdad: la pobreza y la explotación colonialista o imperialista. Desde esta óptica coincidió en la crítica del progreso desarrollista en los países más desarrollados, pero no en el caso de América Latina, de la izquierda comunista, que veía en el imperialismo y en la lucha contra sus aliados internos (el laudando y más tarde la "burguesía" el "enemigo principal").

Por otro lado, desde la perspectiva de los desarrollistas que se consideraban a sí mismos de la izquierda, la defensa del estado de derecho aparecía como algo superfluo frente al desafío de la industrialización y del desarrollo económico. La llamada burguesía progresista fue mucho más "moderada" que la "burguesía" de los países más desarrollados, las fuerzas que podían hacer la crítica del clientelismo y del patrimonialismo en nombre de la democracia y de la extensión de los derechos humanos y políticos, le dieron, en muchos casos, el "no", mayor promercancia a la "suficiencia del estado".

Así, la idea del bienestar social y del desarrollo estaba vinculada unilateralmente a la defensa del estado. Esto, si no está en la línea de lo que hoy se denomina, como el estado desarrollista, que, por esa razón, se ubica en el *bonobé* del progreso latinoamericano.

En Europa la socialdemocracia, a partir de cierto momento, se definió como el instrumento de la "burguesía" para acceder al poder. Creyó que reorientando el estado y el gasto público podría administrar una economía de mercado sin reemplazarla por otra basada en la apropiación colectiva de los medios de producción. Los "progresistas" de América Latina, en cambio, se definieron como fuerzas que desafiaban las estructuras (quizás porque eran muy remotas) de poder del estado para llevar de los partidos «de los trabajadores» y se acomodaron — en las frentes progresistas — a la idea de que el estado era el instrumento de la burguesía, en cambio, más interesados en el crecimiento del PNB y en la formación de una base productiva autónoma — nacional — que en políticas redistributivas y en el control del desarrollo económico. Ello no significó, sin embargo, el original del progreso latinoamericano hizo de mucho más un pensamiento estatizante que democratizante, mucho más corporativistas que distributivistas (mayor apoyo a las "clases medias" y a los "objetivos organizados de la sociedad" que al pueblo en general).

Por eso, curiosamente, el pensamiento progresista asumió como bandera thesis que, en principio era de la "burguesía" y se centró en la idea de un estado "correctivo" que, en el caso de un desarrollo económico, pidiendo, en buena medida, tanto del bienestar a largo plazo como del control democrático de las decisiones y de la gestión.

No casualmente algunas dictaduras populistas latinoamericanas fueron admiradas por los progresistas, hasta el momento en que se excedían en la limitación de las libertades civiles y políticas, tanto los "objetivos organizados" como los "objetivos" de los sucesos del Este, ayudó a transformar la oposición estatista, mercado en la dicotomía fundamental para evaluar lo que es bueno y lo que es malo.

De esta forma la crítica al estatismo vino mezclada con la crítica al populismo. Parecía que las antiguas tesis del desarrollismo y del estructuralismo latinoamericano se habían vuelto obsoletas. La nueva ola pasó a valorar la iniciativa liberal en el plano económico, pero, de todos modos, en los países en los cuales el poder estatal se mantuvo bajo control, la ola antiestatista ha crecido. La avasalladora ola liberal en el plano económico, que se reforzó por los sucesos del Este, ayudó a transformar la oposición estatista, mercado en la dicotomía fundamental para evaluar lo que es bueno y lo que es malo.

De esta forma la crítica al estatismo vino mezclada con la crítica al populismo. Parecía que las antiguas tesis del desarrollismo y del estructuralismo latinoamericano se habían vuelto obsoletas. La nueva ola pasó a valorar la iniciativa liberal en el plano económico, pero, de todos modos, en los países en los cuales el poder estatal se mantuvo bajo control, la ola antiestatista ha crecido. La avasalladora ola liberal en el plano económico, que se reforzó por los sucesos del Este, ayudó a transformar la oposición estatista, mercado en la dicotomía fundamental para evaluar lo que es bueno y lo que es malo.

Tiempos de autoritarismo y modernización

A partir de mediados de los años '60, y sobre todo durante los años '70, varios países de América Latina enfrentaron la crisis del modelo populista de desarrollo económico y enfrentaron también los desafíos políticos por la internacionalización de la economía.

El autoritarismo que reforzó el estado, lo militarizó y creó los regímenes llamados por Guillermo O'Donnell "burocrático-autoritarios", que se desvincularon del ideario desarrollista anterior. No es que estos regímenes hubiesen deseado el "desarrollo". Si lo querían, y en algunos casos, como en Brasil, lo lograron. Pero en el período autoritario el desarrollo se transformó en una política de acumulación sin compromisos con la liberación y con los resultados sociales que el nacionalismo pregonaba.

Acumulación y desarrollo pasaron a ser prioridades absolutas, en detrimento de la "distribución de ingresos" y de la "modernización" de la economía. Los intentos de autarquizar las nacionalidades, los intentos de internacionalización del sistema productivo alcanzó en grados variables los países más desarrollados de la región a través de fórmulas que variaron desde el "triple" del desarrollo dependiente, acuerdo de Peter Evans, que incluía estado, multinacionales y empresariado nacional — como en Brasil —, hasta la más pura "integración a la nueva división internacional del trabajo", que implicó una integración a una economía estado por un partido único, un monopolio industrial relativamente autónomo, como en Chile.

Los resultados de la militarización del estado en algunos países, y de la asociación de los gobiernos en casi todos lados, la "política" de "desarrollo" de "progresistas" y del "abstencionismo" llevó, en algunos casos, a las experiencias de desarrollistas y a la expansión de la "mano invisible" en un primer impulso, después de la crisis periferia y del retroceso de la "burguesía" de los países más desarrollados de los euroatlánticos, hubo una atracción — pequeña, es verdad — de capitales externos para las economías locales como la financiación de esas economías (y de los gobiernos) por el sistema financiero internacional, que en ese entonces tenía abundancia de dólares.

De allí en más, en los años '70, y sobre todo en la década de los '80, el precio que pagó el primer intento de ajuste económico de las economías latinoamericanas por la internacionalización de la producción fue el crecimiento de la deuda externa.

Cualesquiera que hayan sido los éxitos relativos de la "modernización" de esas economías y de las economías latinoamericanas, y por cierto menos como para servir de modelo para una nueva sociedad.

Quizás terminen aquí las analogías. En lugar del patrón capitalista de Hirschman, en el sentido de rechazar el pesimismo metafísico — y oportunista — de los reaccionarios, pero utilizó otros argumentos para validar la posibilidad de reforma.

En este marco hubo un endurecimiento de las prácticas represivas del estado, incluso por la emergencia de una nueva esquadra política como Bolivia. Perú y Colombia — naciones de América Latina — a partir de la década de los años '60, y sobre todo en el plano ideológico, fue que se transformó en el *bonobé* del maniqueísmo ideológico.

ble, tuvimos los inesperados en nuestra *serendipity* latinoamericana: el estado, que al comienzo de la historia del desarrollo era el "abstencion" de los países, se transformó en el "avillanamiento" mismo de desarrollo económico, mejor dicho, el éxito de desarrollo que prevaleció.

Es cierto que esta "estatización" del estado ocurrió en forma más exitosa en los países en los cuales hubo una militarización del gobierno, pero, de todos modos, aun en los países en los cuales el poder estatal se mantuvo bajo control, la ola antiestatista ha crecido. La avasalladora ola liberal en el plano económico, que se reforzó por los sucesos del Este, ayudó a transformar la oposición estatista, mercado en la dicotomía fundamental para evaluar lo que es bueno y lo que es malo.

De esta forma la crítica al estatismo vino mezclada con la crítica al populismo. Parecía que las antiguas tesis del desarrollismo y del estructuralismo latinoamericano se habían vuelto obsoletas. La nueva ola pasó a valorar la iniciativa liberal en el plano económico, pero, de todos modos, en los países en los cuales el poder estatal se mantuvo bajo control, la ola antiestatista ha crecido. La avasalladora ola liberal en el plano económico, que se reforzó por los sucesos del Este, ayudó a transformar la oposición estatista, mercado en la dicotomía fundamental para evaluar lo que es bueno y lo que es malo.

Cómo queda la nueva literatura

Las referencias hechas en este trabajo al proceso político-económico latinoamericano son suficientes para mostrar que las críticas al estilo de desarrollo dominante en el continente, tanto desde el punto de vista del "desarrollo" como del "político" (derechos humanos vs. represión estatal) y social (distribución en la distribución de ingreso como consecuencia de una estructura de privilegio y de profundas desigualdades por el estado), son menos acertadas que se pensaría. En algunos casos, las hechas en condiciones muy distintas a las que existían en Europa respecto de la crítica socialista al capitalismo.

La opción por "reforma en lugar de revolución", o sea la aceptación de la "burguesía" electoral, como el camino para llegar al gobierno y a partir de ahí (por intermedio de políticas fiscales y sociales) llegar a la distribución del ingreso, se dio en Europa precisamente con la valoración de la cuestión de la democracia por parte de los socialdemócratas esteos influida por la crítica hecha por sus teóricos al burocratismo de las economías, centralmente en el caso de Alemania, un sistema que implicaría el control del trabajo, como en el caso de la Unión Soviética, un estado por un partido único, un monopolio industrial relativamente autónomo, como en Chile.

En relación con la valoración del pluralismo partidario, del juego electoral — y, en consecuencia, repitiendo el argumento de Adam Przeworski de transformación de los partidos socialdemócratas en "progresistas" — los "progresistas" para lograr mayorías electorales — hubo cierta coincidencia en la trayectoria de la social democracia europea con la de América Latina.

El camino de las armas fue también diferente por los teóricos comunista en América Latina, aunque sin el heroísmo del mito soviético y del romanticismo de la toma de poder por las armas, como en el caso de Cuba, el "socialismo en un solo país". Sin embargo, con excepción de Cuba — cuyo revolucionarismo desde 1959 fue más democrática que socialrevolucionaria —, la vía armada no demostró eficacia alguna para derribar a los "desdibujados" desarrollistas y por cierto menos como para servir de modelo para una nueva sociedad.

Quizás terminen aquí las analogías. En lugar del patrón capitalista de Hirschman, en el sentido de rechazar el pesimismo metafísico — y oportunista — de los reaccionarios, pero utilizó otros argumentos para validar la posibilidad de reforma.

En este marco hubo un endurecimiento de las prácticas represivas del estado, incluso por la emergencia de una nueva esquadra política como Bolivia. Perú y Colombia — naciones de América Latina — a partir de la década de los años '60, y sobre todo en el plano ideológico, fue que se transformó en el *bonobé* del maniqueísmo ideológico.

En este marco hubo un endurecimiento de las prácticas represivas del estado, incluso por la emergencia de una nueva esquadra política como Bolivia. Perú y Colombia — naciones de América Latina — a partir de la década de los años '60, y sobre todo en el plano ideológico, fue que se transformó en el *bonobé* del maniqueísmo ideológico.

debe comenzar por hacer la crítica a la ideología. Pero ésta, como se sabe, apunta hacia lo real, cuando deformándolo.

Las perspectivas de la social-democracia en América Latina sólo se abren cuando se abandona el lugar que ocupa en el cuadro en el cual se da hoy la pugna político-dogmática. Es preciso reconocer que la tradición socialdemócrata de basar su fuerza en la crítica a las desigualdades provocadas por el capitalismo, es como si se tratara de las políticas sociales y fiscales, se topa con la ola del neoliberalismo triunfante.

Frente a este cuadro no basta rearmar valores sin crítica, sino que se necesita una crítica profunda del pasado. Para que se pueda recuperar el papel del estado y reemplazar la tesis liberal del "estado mínimo" por la del "estado socialmente necesario" es preciso crítica al "estado mínimo" como si se tratara de un concepto abstracto y algunas críticas del liberalismo y mostrar, al mismo tiempo, sus limitaciones y distorsiones.

Del mismo modo, para defender el punto de vista de los trabajadores y de las clases populares, no basta con las pocas precauciones: restringir el corporativismo y no descuidar la producción (la eficiencia, la productividad, la necesaria relación entre distribución y producción).

Esta pugna de ideas que se plantea a la socialdemocracia en las condiciones latinoamericanas tanto de la Europa como del populismo peruano. En efecto, en el caso de América Latina la distribución del ingreso por la vía de la presión económica sobre el mercado, no es una vía que se haya producido en Europa. La crítica truchera que al *welfare state* y la crisis de algunos gobiernos socialdemócratas en Europa guarda relación con el peso de las garantías sociales y de los programas de bienestar social que se han desarrollado y de la economía. El corporativismo e incluso el trade-unionismo pueden haber llevado a algunas economías europeas a dificultades en la competencia económica mundial y a la pérdida de la carrera por los niveles de productividad. Sin embargo, difícilmente las ventajas relativas de algún grupo social de asalariados habrán significado pérdidas para otros grupos de asalariados.

En América Latina, además las enormes desigualdades no solamente entre ricos y pobres, entre capitalistas y asalariados, sino también entre los sectores sociales organizados y sectores no organizados, las presiones de los distintos grupos sociales para la universalización de las conquistas sociales.

Sobre las espaldas de la socialdemocracia latinoamericana se acumulan una serie de circunstancias que el populismo-corporativista, en nombre de la lucha por la universalización de las ventajas sociales, sin transformarse en obscuro para los logros efectivos que algunos sectores pueden y deben obtener, se resquebraja en las demandas sociales que se imponen por ser *parcial* y beneficiar a algunas sectores sociales. Por ello preferir la lucha en el mercado que, sin las distorsiones de la política y del estado, asegurará igualdad de ventajas para todos los sectores sociales, es decir, cualquier demanda de los de abajo sin preguntarse sobre sus efectos a mediano plazo sobre la sociedad. La socialdemocracia deberá oponerse a la derecha liberal y a los populistas con argumentos diferentes pero con igual firmeza.

Hice anteriormente una referencia a la crisis de la producción. Es difícil que esta cuestión haya permeado los debates sobre la socialdemocracia europea o en el país que está pasando por las distintas formas latinoamericanas. Herederos de la filosofía del progreso y de la razón, los intelectuales latinoamericanos tuvieron y tendrán que confrontarse con la cuestión del desarrollo y por lo tanto de la producción, como requisito para la existencia social. Ello es durante el auge del pensamiento "estructural-funcionalista" de la segunda guerra mundial hasta la crisis del autoritarismo contemporáneo.

En este sentido, esa idea-fuerza está siendo atacada.

Por un lado porque el nuevo liberalismo busca retirar de la escena la preocupación por el desarrollo en tanto proceso social global: la multiplicidad de las acciones "wellfare state" que se han desarrollado en los países industrializados, el pensamiento social-católico. Este nuevo pensamiento cristiano, si bien ha sido extremadamente valioso para diseminar la conciencia de los derechos y el ánimo de la reivindicación social, también ha minimizado la producción en favor de la distribución.

No se puede negar el efecto positivo, e incluso liberador como su nombre lo indica, de la Teología de la Liberación sobre las masas oprimidas de América Latina. Así también la recuperación de la dimensión crítica en la vida y en la política constituye una contribución fundamental para el pensamiento y para la práctica política de la izquierda latinoamericana.

Pero junto con estos aspectos positivos, existen elementos en la crítica del socialismo católico a la idea de riqueza que contiene sentido de represión. Esta dificultad de la crítica del socialismo católico a la idea de riqueza, es precisamente que minimiza los aspectos racionalizadores de la acumulación, de la productividad, de la inversión planificada, en beneficio de la distribución para y simple.

Es como si impusiera la creencia dogmática de que la riqueza excesiva alcanza para todos y que basta, por lo tanto, aplicar principios de justicia social para que se logre la felicidad del pueblo.

No es un embargo en forma directa como este aspecto del distribucionismo cristiano constituye un desafío a ser enfrentado por la socialdemocracia. Viene mezclado con dos fuerzas contrarias, pero complementarias: el populismo y el patriotismo. Este aspecto de la socialdemocracia cristiana en principio se opone al populismo en tanto éste es, en general, alienante y no valora la reivindicación autónoma y organizada de las clases populares. Lo mismo puede ser dicho respecto de las políticas de "clericalismo" y del corporativismo vigente en las estructuras estatales. Pero en un punto convergen: en la tendencia a decir sí a todas las demandas populares; por lo demás, en general, justas en sociedades tan carentes y desiguales como las latinoamericanas.

La socialdemocracia vuelve a enfrentar aquí el tema mediocionadoramente. Ella necesita quejarse, en nombre de la eficiencia económica, de que el socialismo católico no plazo, las demandas que, por más justas que sean, crean situaciones que impidan en el futuro la continuidad de los beneficios que se desean. Esta es la razón fundamental de la crítica socialdemócrata a las políticas de "estado mínimo" en el caso específico y a la universalización de los beneficios. Pero en un caso se trata solamente de una ventaja corporativa. Moditas generales que en sí mismas son justas (por ejemplo, aumento de salarios) pero que no se logran en el tiempo y/o pueden quitar más en el futuro que lo que conceden, como beneficio, en el presente.

Y, incluso más lejos: en la situación de pobreza y desigualdad que existe en América Latina, si el socialismo católico no fuera capaz de reunir estos dos términos, es la propiedad necesaria con el de la distribución de los ingresos, habría fracasado. Es así como se postula el estado actual de América Latina, que el socialismo católico, en nombre de las necesidades de acumulación y de crecimiento económico y sobre todo, de la ser una fuerza moral y coercitiva en favor de la redistribución del ingreso y de las políticas de bienestar social, la que el socialismo católico, en nombre de la socialdemocracia, tanto el nacional-estatismo y del liberalismo renovado.

Desafíos de la socialdemocracia

Está demás decir que lo todos saben y que ya repiten este trabajo más de una vez: la socialdemocracia por *más agnoscencia* que sea no concuerda con la idea-fuerza del liberalismo, es decir que el mercado, *per se*, es el mecanismo que garantiza la producción y la distribución de los recursos y que la política de ingresos debe ser una asignación de recursos que de la política de ingresos es subproducto del *laissez-faire*. Creo incluso que el tema "estatal vs. privado" es una falacia. La cuestión no es si el estado o el privado son mejores que cada cual sea en detrimento del interés público.

La verdadera cuestión para la socialdemocracia contemporánea consiste en saber cómo aumentar la productividad (que lleva al incremento de la productividad y a la productividad) de las actividades económicas y cómo volver cada vez más públicas las decisiones de inversión y las que afectan el consumo. Esto es, como tomarlas transparentes y controlables por la sociedad y no solamente por la burocracia (de donde se genera el gasto social).

A pesar de ello, en las condiciones prevalecientes en América Latina, donde la deuda externa y la inflación han deteriorado la capacidad de acumulación de los estados nacionales, la palabra de "estado-mediocionador" es demasiado: "privatizamos el estado". Especialmente, hay fuertes presiones para privatizar el sector productivo estatal.

Cualquier análisis objetivo, frente a esta situación, condujo a distinguir entre dos tipos de empresas: las que, en un momento, por el conocido mecanismo de socialización de las pérdidas, fueron trasladadas a los gobiernos porque eran insolventes. En estos casos la opción no se verifica entre mantener o vender, sino entre vender o no vender (privatizarlas). Es así como se tiene sentido económico si deben ser cerradas. Si todavía fueran útiles y competitivas, ¿por qué no reprivatizarlas?

Esta es la cuestión que el estado debe de estar en áreas de fomento, a través de bancos públicos, o en áreas estratégicas y de punta, incluso en las productivas y rentables. Sin embargo existen empresas que en el pasado se transforma-

ron en estatales, sencillamente porque no había espacios de acumulación de capitales en manos privadas para enfrentar su financiamiento. Se trata, por lo general, de empresas que en su momento de creación fueron financiadas por el Estado. Muchas de ellas constituyeron hitos en la lucha por el desarrollo económico y poseen un fuerte valor simbólico. En estos casos la reacción de la socialdemocracia debe ser precisamente la de impedir que se pierda el recurso humano y puedan invertir en la compra de esas empresas? Si existen, la privatización deberá hacerse a la luz de los intereses públicos, no solamente con la utilización de los criterios del mercado para su venta, sino sobre todo asegurándose que vaya a funcionar en un régimen de competencia y no como monopolios privados. Más aun, en la política socialdemócrata los elementos simbólicos de la lucha por el desarrollo económico deben ser tomados en cuenta. En general, las empresas de carácter, algunas siderúrgicas y otras poseen tal connotación simbólica que el costo-beneficio político-económico de su privatización es negativo.

He aquí referencia al pasar uno de los criterios esenciales de la discusión sobre la modernidad de la política socialdemócrata: la defensa de la competitividad. La cuestión de desarrollo económico planteada en términos realistas es: ¿ora el interés público requiere que la economía se base en empresas competitivas, capaces de absorber la tecnología moderna, para que sus efectos sean positivos para la sociedad? La solución a esta cuestión depende de la fuerza la absorción de los resultados del progreso técnico en la producción; aumentando la productividad. Sin ese incremento se paga una inversión y consumo, capital y trabajo, pero no se obtiene el beneficio deseado. En el caso si uno gana, el otro pierde.

La socialdemocracia desplaza, por lo tanto, el eje de la opción entre estatal o privado del plano ideológico hacia un plano más importante: son las condiciones que deben ser creadas para el funcionamiento de la economía.

No es fácil sin embargo, vencer, por un lado, al neoliberalismo, que condena cualquier gestión pública, y por otro, el socialismo católico, que fuerza a los sectores populares del pueblo con mantener empresas en las manos del estado, incluso cuando son ineficientes y están sostenidos por el tesoro nacional, o sea, por todos los que pagan impuestos. Pero, ¿cómo es posible que se imponga una política económica que privilegia la perspectiva de la social democracia. Es cierto que en Europa hubo tantos gobiernos socialdemócratas que privatizaron (Felipe González en España) que rara vez estatizaron. Pero en América Latina, las masas populares, las empresas productivas e incluso intermediarias financieras —los bancos— como los laboristas y los socialistas franceses (estos últimos en algunos casos reprivatizaron).

Toda una vez que esta cuestión no se define la calidad socialdemócrata de la gestión pública.

Lo que es inaceptable es la "privatización" del estado; que está ocurriendo en gran medida en América Latina. A través de la venta de empresas estatales, se ha vendido un gran número de bienes —partes de la burocracia estatal, tanto del sector productivo como de la misma administración directa, son "efudatizadas" por intereses privados. Muchas de las empresas estatales, por lo tanto, simplemente obedecen a una política de precios (es el caso, por ejemplo, del acero) que beneficia al sector privado que consume sus productos. Las interrelaciones entre la burocracia estatal y el sector privado son enormes e frecuentemente se hacen en detrimento del interés público.

Del mismo modo, incluso servicios esencialmente públicos, de educación, salud, transporte, etc. terminan por ser vendidos a las empresas privadas que, en nombre de los intereses privados. En algunas áreas la complejidad o incluso el combinado entre gestión estatal e interés privado es sencillamente escandalosa.

La cuestión de cómo hacer "privatizar" se trata más bien de aumentar el control democrático sobre la gestión estatal para hacerla sensible al interés público. Y es obvio que hay sectores en el estado —aquellos ligados al bienestar social— que son esenciales para el interés público y que así deben ser entendidos y por lo tanto, mantenidos en la órbita estatal.

La cuestión de la polémica entre estatización versus privatización, en el caso de América Latina, debe ser planteada entre la socialdemocracia, por un lado, y el "neoliberalismo" y el nacional-populismo, por otro, ya habrá espacio suficiente para muchas diferencias y peleas políticas. Hay sin embargo una cuestión que debe ser planteada: ¿por qué no fuertes reacciones valorativas: me refiero al nacionalismo.

También en este tema los caminos recorridos por la izquierda en Europa fueron distintos de aquellos que se recorrieron en América Latina. En Europa el movimiento obrero nació bajo la bandera del "internacionalismo". Sin embargo, la burguesía sí era "nacionalista". Fue solamente

después de la Tercera Internacional y de la existencia de intereses nacionales en la Unión Soviética (presentados como intereses del proletariado y de la revolución que, en función de la cuestión del imperialismo, tuvo una apertura en la izquierda hacia las banderas.

En América Latina la bandera nacionalista, si bien no fue exclusiva de la izquierda, la englobaba en su casta totalitaria. Lo que es comprensible los movimientos populares y de trabajadores en América Latina nacieron en forma casi contemporánea a las luchas antiperuistas. Por otro lado, el "progresismo" latinoamericano fue casi siempre "desarrollista", por lo tanto, planificó la industrialización y el desarrollo como aspecto clave para alcanzar la industrialización.

Sin embargo, una vez más las vueltas de la historia han dejado a los ideólogos en pañales. La internacionalización del proceso productivo, la nueva división internacional del trabajo en base a empresas multinacionales, en una palabra, "globalización de la economía"—alcanzando ahora también a los países del Este—han vuelto obsoletas antiguas posiciones.

Las políticas proteccionistas fueron defendidas por la izquierda y por el progresismo como el *laissez faire* desde el siglo XVIII, cuando Inglaterra apareció como el resorte de la explotación internacional. El paraguas protector del estado permitió, a través de las políticas aduaneras, que pudieran surgir industrias, las cuales eran acusadas por la derecha de ser "artificiales".

Fueron escasos los argumentos de la izquierda que se opusieron al proteccionismo. Quizás la excepción más notable fue la insistencia en el principio de que el comercio de siglo que se le oprimen en nombre de los consumidores: la prosperidad de la economía exportadora era tal que los socialistas locales se podían dar el lujo de vivir en el futuro carísimo y no tener que depender de los trabajadores como consumidores.

Pero, al margen de situaciones especiales, América Latina tenía que crear "consumidores". El proteccionismo, al proteger las industrias, fue un instrumento que sirvió para los progresistas como una contingencia histórica, la misma contingencia que llevó a los partidos comunistas a proponer la alianza entre la burguesía y las masas contra el imperialismo y el latifundismo.

Han pasado varias décadas, varios países de América Latina se industrializaron, el empresario local se transformó en una parte del sector de desarrollo que hace 20 años había sido el empresario-activador. Las masas populares se transformaron en consumidores y una buena parte del progresismo latinoamericano continúa siendo su y simplemente proteccionista. Defensor del mercado interno y adversario del mercado externo.

También en este caso estamos frente a una falsa dicotomía. Uno siente la tentación de imitar el título del famoso ensayo de Rudolf Suttgenhagen sobre *Sus siete tesis equívocas del desarrollo* de América Latina.

Por la "autarquización" de la economía y la búsqueda de autonomía completa (que sea tecnológica) es un valor que tiene una relación con la "política de gran potencia" en el gusto de los países industrializados y con la idea de aislamiento que se choca con la tendencia universalizadora de la ciencia y de la producción modernas, que con el interés público.

La cuestión es si ello significa que los socialdemócratas latinoamericanos se deben apoyar a y simplemente la industrialización o la apertura de las economías nacionales.

La socialdemocracia reconoce que el esfuerzo de crecimiento económico es la condición para el bienestar social; reconoce que ciertas prácticas proteccionistas pueden ser útiles para crear condiciones internas de competitividad; reconoce que las prácticas monopolistas y oligopolísticas cuando ya existen las condiciones internas de competitividad y de competitividad, aunque sostenidas en nombre de la "política de gran potencia" nacional. Existe, obviamente, un "interés nacional" para los países industrializados. Pero no se veido *per se*; necesita ser filtrado por el interés del pueblo, por los intereses públicos.

Es preciso que los socialdemócratas, sin adherir al neoliberalismo, busquen los grados y los modos por los cuales se debe dar la apertura de las economías latinoamericanas. Y su criterio básico será el de la igualdad en los salarios, en las tecnologías y en el consumo, entre el sector exportador y el productor y el mercado interno. En cuanto a los países industrializados, la socialdemocracia no acepta que el precio del progreso sea el envilecimiento del valor de la mano de obra.



países nórdicos, en Bélgica, en Holanda, hasta la primera guerra mundial, se daba en la medida en que el sufragio universal iba siendo conquistado. En el período de la entrega que los socialdemócratas si bien no habían "conquistado el poder", "lo ejercitaban", según la definición de León Blum. Y en esta época concuerdan con las ideas de Keynes de la clave para la cohesión con la propiedad privada de los medios de producción. "Nacionalizar" el consumo, aumentar los salarios, utilizar el instrumental del estado para la construcción de lo que, después de la segunda guerra mundial, fue la marca registrada de la socialdemocracia europea, el *welfare state*.

En cierta forma, los socialdemócratas adoptaban las conquistas del liberalismo y de todos los demócratas en el plano político, por un lado, a través de la democracia parlamentaria, obteniendo mejoras concretas en la condición de vida de los trabajadores, de los asalariados y de los pequeños propietarios en general.

Dejando a un lado la discusión —que fue candente— sobre el mercado o revolución, no quedan dudas de que el objetivo de mejorar las condiciones de vida de las masas fue siendo alcanzado por los partidos socialdemócratas. Más aun, después de experiencias totalitarias como el nazismo la recuperación de la democracia se hizo teniendo como soporte, en gran parte, la idea de que las libertades eran indispensables para el desarrollo.

Recentemente José María Maravall escribió un ensayo sobre *Valores Democráticos y Práctica Política*, en el cual explica cómo, fue posible crear las raíces de una "cultura democrática" en España. Los socialistas tuvieron éxito en esta hazaña y lograron mantenerse como un partido con apoyo mayoritario porque mejoraron la vida del pueblo. Por lo demás, esta amalgamación de democracia, desarrollo económico y fortalecimiento de los partidos políticos no se dio solamente en España. En los distintos países en los cuales la socialdemocracia tuvo peso (con sindicatos fuertes) se dio también en América Latina. En América Latina, las tendencias medievales redistributivas, fue mayor la tasa de crecimiento económico comparada con lo que ocurrió en los países en los cuales no hubo fuerte presencia socialdemócrata.

Maravall muestra que no solamente a largo plazo estas tendencias concuerdan. Incluso después de la crisis de los años 70, frecuentemente atribuida al ultra-welfare state, se dio un impulso a la producción de las economías, los países con influencia socialdemócrata presentaron indicadores de desempeño económico más favorables.

Alto Horn Editora

DE PROXIMA APARICION

MABEL PAGANO
 POR LA RAZA AYMARA
 DE PURURA,
 LA BARBARIA Y LA TIERRA

Augusto 67
 1973
 Puentes Años

Dejando a un lado las ventajas de la socialdemocracia europea, el drama de sus conflictos latinoamericanos es que sus perspectivas nacieron con la redemocratización del continente y se vieron producidas en el preciso momento en que sobre todo en la década de los 70 se empezó a desarrollar de los países actuales sus peores instintos.

Ella constituye una dificultad no sólo para la socialdemocracia sino también para las posibilidades mismas de que la cultura democrática eche sus raíces. La famosa frase citada anteriormente y atribuida a Vargas, *el mismo no llena la panza*, puede estar convirtiéndose en una dramática percepción de la realidad social y política.

Cabe así la socialdemocracia de este continente enfrentar la democracia como objetivo propio y, al mismo tiempo, dedicarse a la institucionalización de las prácticas de liberación, creando las arenas donde las reformas puedan ser decididas e implementadas.

En el plano de las formas de gobierno, las socialdemócratas latinoamericanas, frente a la macrocefalia estatal y a la burocracia del Ejecutivo, tienen un problema particularmente serio. La tradición de un Ejecutivo fuerte, inspirado en la tradición americana, ha degenerado en América Latina. El clientelismo, la fragilidad de los partidos y del Legislativo y la inexistencia de un Poder Judicial independiente han minado el presidencialismo. Este terminó en forma bastarda en las varias experiencias autoritarias, de culto militar o civil.

Sin embargo, la socialdemocracia no encontrará el compás de la modernidad solamente con el defensa del parlamentarismo. La dimensión de "participación" se suma a la democracia representativa de modo imprescindible. En su punto de partida, la socialdemocracia debe ser una "socialdemocracia" o "organización de las demandas populares llevadas a cabo por las "comunidades eclesiales de base" inspiradas en la Teología de la Liberación, desempeñan un papel importante en la construcción de la democracia.

La valoración de la participación popular en el control de la gestión pública requiere, sin embargo, más que simples palabras de orden. Es ahí donde la socialdemocracia puede ser distinguido de otras corrientes políticas, identificadas con ella en el objetivo de ampliar las formas de participación. Existen experiencias positivas de peso en la izquierda que reducen la participación popular al "movimiento" y al "asambleísmo". La enorme fuerza de los llamados movimientos populares muchas veces no llegan a ver el valor del esfuerzo de construcción de mecanismos institucionales que permitan la presencia regular de las demandas sociales. Y se crea "instituciones" que no se conectan con el estado de la democracia debe concentrarse, diferenciarse de la acción meramente "basista" que caracteriza buena parte del "progresismo popular" latinoamericano.

Quedaría por discutir en esta última sección el carácter de los partidos socialdemócratas asumen en América Latina. En este punto, tanto el socialismo católico como el apoyo como su organización. Como este ensayo se hizo demasiado largo me limito a reiterar que, si incluso en el caso de Europa, la aceptación de las reglas electorales sin ser "institucionalizadas" en el marco del estado de la democracia debe concentrarse, diferenciarse de la acción meramente "basista" que caracteriza buena parte del "progresismo popular" latinoamericano.

Con la internacionalización del mercado y la nueva revolución industrial, provocada por lo que simultáneamente puede llamarse "la" "estructuración" de las sociedades modernas, inclusive en América Latina, surge un nuevo desafío. La socialdemocracia sigue asumiendo el punto de vista de la mayoría, pero no pretende un movimiento monoclásista ni desea ser el instrumento Privilegiado de la Historia, único partido capaz de realizar cambios.

Toda vez, aquí, en lugar de cerrar en la eterna repetición de la historia (posición conservadora) en la "totalidad" de la Revolución Salvadora ("utopía no siempre progresista"), la socialdemocracia prefiere, más modestamente, crear en cambios progresistas que puedan promover transformaciones favorables a las masas.

Notas
 * Formado de la Teología Nueva Escuela, CEPBAZ, No. 28, octubre de 1980. Este texto fue escrito en el marco de un curso de formación organizado por M. Vellaga, de la Universidad de Huelva. Traducción: María Givetti

Pasión y nostalgia

Sergio Bufano



Ana María ejecutados por sus compañeros; ejecuciones sumámaris entre los montoneros, ejecuciones sumámaris por todos lados en el vano intento de imponer por vía de la fuerza la verdad sagrada.

Del internacionalismo proletario la historia nos devuelve sus migajas. China invadiendo Vietnam, y luego Vietnam invadiendo Camboya, y luego Camboya asesinando a dos millones de personas en nombre del comunismo. Y antes Hungría, Checoslovaquia, Polonia.

En la plaza de Tíananmen los estudiantes pedían libertad.

Pero entonces gesto era un monstruo desde siempre y nosotros unos ingeniosos se transformó luego ante nuestros ojos complacientes?

¿Cómo pudimos llegar a esto? ¿Quién nos empujó? Muchos de nosotros llegamos al comunismo de la mano de Jean Paul Sartre, Pablo Neruda, John Dos Passos o André Gide. Más tarde vinieron Marx, Engels, Lenin y Trotsky; si arribamos a la teoría marxista fue porque antes habíamos leído a Jack London y H. G. Wells.

Primero fue el *Metello* de Vasco Pratolini y después el leninismo. Primero fue *Gallileo Galilei* de Bertold Brecht y después la historia de la revolución rusa.

Es cierto que algunos nos advirtieron había adónde nos dirigíamos: "la pasión está en exceso criminal" alertó Camus pero era tarde para escucharlo. Al menos lo era para quienes ya estábamos envueltos en ese proyecto turbulento e inaccesible.

También Gide y Koestler enviaron mensajes de peligro. Y Malraux y Paz. Pero no les creímos porque ellos decepcionaron era tan perdonable como que Neruda escribiera su lamentable *Veinte Megatonas* y Brecht sus odas a Stalin. Al sectarismo frívolo de las grandes voces les otorgáramos una mínima complacencia. Era la reidrica tolerable de los poetas, al fin y al

cabo cándidos ante la gélida cotidianidad de la política. Pero de ellos quedaba la esencia del pensamiento: los artistas e intelectuales más célebres de la primera mitad del siglo eran hombres con un pensamiento revolucionario. Y si de ellos surgía algún renegado como George Grosz, siempre existía el justo e implacible juicio de otra inteligencia: "asqueroso pequeño burgués, Grosz se quiere pasar al bando de los perros."¹⁰

El bando de los perros. Qué fácilmente interpretable era el mundo. El marxismo marcaba nuestras vidas y nos señalaba—con una certeza que jamás fue posible recuperar—, un futuro tan previsible como cercano. Fracasada la revolución en Europa gracias—entre otras cosas—, a la burocratización de la Unión Soviética, la historia se había trasladado al tercer mundo. Primero con la China de Mao, luego con Cuba y más tarde con Vietnam. No había margen de error. El turno era nuestro.

¿Cómo no aflorar esa certeza? Todo el pensamiento tenía una lógica perfecta que nadie se atrevía a rebatir. Y a quienes lo intentaban no los escuchábamos. Después del Manifiesto Comunista la historia se dirigió hacia un destino que estaba fijado, inmóvil en el futuro. Simplemente esperádonos; debíamos de ser lo suficientemente sensibles como para advertir, llegado el momento sublime, el punto de maduración. Un minuto antes la clase obrera no estaría dispuesta a protagonizar su papel, un minuto después seríamos aplastados por la reacción que pasaría encrespada a la contraofensiva.

El remolino revolucionario se gestaba como una criatura. Y si la clase obrera sería la partura, nosotros los jóvenes apasionados, los rebeldes que desafiamos a la lógica burguesa, los renegados de nuestra propia clase acomodada, seríamos quienes dirigiríamos el alumbramiento.

Nota

(1) Carta del compositor Hanns Eisler a Brecht. *Debate* N° 22, 1987.

para clamar en contra, siempre en contra, de grandes imperios, de tamañas injusticias, de ejércitos invasores? Y si Bahía de los Cochinos, salíamos a la calle; y si Santo Domingo, salíamos a la calle; y si Vietnam, salíamos a la calle porque al fin y al cabo la calle se conquista, igual que el poder, con multitudes que la ocupan y la recorren exultantes.

Las sirenas policíacas, los genes y los disparos se lababan, cada uno en su momento, un escalón diferente en el ascenso hacia la cúspide. Nos entrenábamos, nos disponíamos, nos apasionábamos. Y por las noches, si no cámbiamos una copia sobre el cruce del Ebro en una celda indigna, hacíamos el amor con un calor que reproducía—en cara y ceca—los furiosos encuentros callejeros.

¿Cómo llegamos a eso? Nuestros modelos nos alentaron. Lo hicieron con la literatura, con sus gestos y su historia, pero sobre todo con su liturgia revolucionaria. Lo hicieron aún aquellos que—como Hemingway—habían ido a España más como observadores que como combatientes. Y cuando él se disparaba un tiro en la boca, su gesto desesperado se desdibujaba porque ya Sartre escribía *Huacán sobre el asácar*, rechazaba el Premio Nobel y cambiaba el "brazo de los estudiantes por las calles de París.

Otra vez la calle. Nos lanzamos—insiste Camus—al doble sacrificio de nuestra inocencia y de nuestra vida. El costo fue tan alto que a muchos de los sobrevivientes todavía nos quita el sueño.

¿Y ahora? Ahora algunos nos aburrirnos con Baudrillard. Nos aburrirnos con las brochuritas literarias de Raymond Carver, con las inteligentes y agudísimas reflexiones de Humberto Eco. Nos aburrirnos con la escritura telegráfica norteamericana y con la de sus diminutos carbónicos argentinos. Ya Vilas no escribe como en *Dar la Cara* y nadie filma un *Fin de Fiesta*. Los debates sobre la posmodernidad son tan atractivos como viajar en subte. ¿Quién va a escribir el próximo *Manhattan Transfer*? Y, además, ya murió Leonardo Sciascia.

Junto con el comunismo y nuestros viejos próroxos parece haber muerto la pasión. ¿Adónde la encontramos? ¿La habrá hallado el ex comunista que hoy construye shopping centers? ¿O los ministros de Trabajo que antes soñaron con la fraternidad? ¿O los despedidores de obreros sin dolor? ¿La habrá hallado? ¿Habrá encontrado esa vieja pasión tan cercana a la locura, tan cercana a la felicidad?

A Chicago destino el de los marxistas. En apenas ochenta años vimos crecer y derrumbarse un imperio que se soñó superador del cristianismo y garantía de libertad y goce. Una vasta comarca geográfica y espiritual se mostró al alcance de la mano. ¿Al alcance de la mano? No. De los sueños, de la impaciencia de los sueños que crearon una ilusión. La de la Inmencia.

El capitalismo era el reino de las tinieblas; y el comunismo la aurora. Época en que los malos estaban todos en un lado y los buenos del otro; la historia era sencilla y transparente e imperaba un sentimiento que sólo las doctrinas trascendentes contienen: la certeza.

Algunos de los que ingresamos al mundo de las ideas cuando se iniciaba la década del sesenta hemos quedado marcados por una nostalgia que irrumpe con tal intensidad que el presente parece gris. Añoramos profundamente esos años que no debieron de haber terminado. Pensamiento reaccionario. Es posible que así sea. Pero la evocación de ese tumultuoso lapso produce ese sentimiento. Y no otro. Por lo tanto, lo que la razón indica como reaccionario es, para algunos estados de ánimo, un magnífico incentivo sensual.

Eran tiempos de desorden en el mundo; pero las ideas luminosas que nos proporcionaba el marxismo explicaban el tumulto con una minuciosidad tan detallante que no podíamos dudar. Intransigentes, apostamos la energía y también la vida en ese rumbo. Y alegremente. Porque el desorden era sinónimo de plenitud, de deseo, de revelación.

Fuimos golpeados y presos por defender a los cubanos que en Playa Girón peleaban por su libertad (¿su libertad?); mil madrugada nos sorprendieron pintando en las calles por Lumumba, por Argelia, por Vietnam, por Santo Domingo. Y no era el mero anticapitalismo el que nos empujaba a hacerlo; detrás de la lucha contra el invasor venía la verdadera tarea que la historia imponía: la tarea de todo revolucionario es hacer la revolución.

De aquel Fidel de nuestra adolescencia la historia nos devuelve sus migajas: un viejo tirano tropical apesadado por su uniforme de lujo y por su pensamiento autoritario ("el pluripartidismo es una plusporquería").

De los viejos líderes guerrilleros la historia nos devuelve sus migajas. El capitán Lamarcía y el comandante Marghela muertos por la represión; el comandante Fabio Vázquez con la razón perdida; el comandante Firmench convertido en un engreído soez. Sendic, muerto. De La Fuente Uceda muerto. Che Guevara muerto. Sanauchó, muerto. Miles de muertos sin nombre, rostros perdidos, juvenudes también.

Del compañerismo y la camaradería revolucionaria la historia devuelve sus migajas. Fomas conuones con cadáveres de disidentes en la selva colombiana; el poeta salvadoreño Roque Dalton y la comandante